



SEMENARIO ILUSTRADO UNIVERSAL

TOMO V

MADRID 23 DE ENERO DE 1879

NÚM. 3

PRECIOS DE SUSCRICION			
	AÑO	SEMESTRE	TRIMESTRE
España y Portugal	40 pesetas	27 pesetas	11 pesetas
Países de la Union Postal	50 id.	26 id.	»

No se servirán suscripciones sino anticipando su importe

Publicase el 7, 15, 23 y 30 de cada mes

EDITORES PROPIETARIOS
EMILIO OLIVER Y COMPAÑÍA

MADRID. — Plaza Sta. Ana, 7
Rambla de Cataluña, 36. — BARCELONA

PRECIOS DE SUSCRICION Á PAGAR EN ORO		
	AÑO	SEMESTRE
Cuba y Puerto-Rico.	12 pesos fts.	7 pesos fts.
Filipinas, Méjico y Rio de la Plata	15 id. id.	8 id. id.

En los otros países, los precios de España más el franqueo

SUMARIO

TEXTO

- Semana histórica.
- La ciencia de la vida y Claudio Bernard. (Conclusion.) Por *Pompeyo Gener*.
- Las corridas de toros (iv). (Continuacion.) Por *Eusebio Font y Moreso*.
- El distrito minero cobrizo de Huelva. Antigua *Thartesis Bætica*. (I). Por *E. Deligny*.
- Madrigal (inédito). Por *José de Espronceda*.
- Máximas morales. Por *R. de Campoamor*.
- El tranvía. Por *Manuel Fernández y González*.
- Mozart. Poema dramático del gran poeta ruso A. Puchkine.
- Movimiento intelectual en las provincias. (Conclusion.) Por *Fermin Herran*.
- Ópera italiana. Bellini. (III). (Conclusion.) Por *A. Fajás y Ferrer*.
- El gato de Wittingdon. Tradicion inglesa. Por *José Mariano Vallejo*.
- Á C., (poesía), por *José Güell y Renté*.
- Emma Wizjak.
- El tigre doméstico.
- Convento del Espíritu Santo.
- Presentación de Mozart, niño, en la corte de Austria. Cuadro de Ender.
- Últimos momentos de Mozart. Cuadro de Kaulbach.
- Obras de la cárcel modelo.
- Libros recibidos en esta redaccion.

GRABADOS

- Emma Wizjak.
- El tigre doméstico. (Notas sueltas.) Composicion y dibujo de *Julian Bastinos*. Grabado de *Celestino Salderni*.
- Madrid. El Espíritu Santo, iglesia donde primeramente estuvieron las Cortes.
- El Espíritu Santo reformado para Congreso.
- Bellas Artes. Corte de Austria en el año 1762. El niño Mozart presentado por el archiduque José. Copia del gran cuadro del célebre pintor alemán *E. Ender*.
- Bellas Artes. Últimos momentos de Mozart. Copia del famoso cuadro de *Hermann Kaulbach*.
- Madrid. Obras de la cárcel modelo.



EMMA WIZJAK

SEMANA HISTÓRICA

Es un deber de los pueblos cultos honrar la memoria de sus grandes hijos. España va entrando en este camino, y nosotros nos complacemos en consignarlo. Los hombres mientras viven, mientras luchan pertenecen á uno ú otro partido, tienen sectarios y enemigos; pero cuando mueren sólo debe recordarse que son españoles, que han dado días de gloria á su patria y que han dejado á sus conciudadanos algun noble ejemplo que imitar.

Por esta razon hemos visto con gusto cuanto el gobierno y el pueblo han hecho en memoria del general Espartero. Su entierro ha sido suntuoso en Logroño; el jefe del ejército del Norte le ha presidido en nombre del rey; las tropas le han dado ostentacion y brillantez, y la poblacion de Logroño, asociándose al dolor producido por la muerte de su hijo adoptivo, ha colgado de negro los balcones en señal de luto. En Madrid el Ayuntamiento ha acordado por unanimidad dar á una calle ó plaza el nombre del ilustre finado, conceder limosnas á los pobres, contribuir á la ereccion de un monumento público, colocar su retrato en el salon de sesiones, y asistir á las solemnes honras que la Sociedad de Veteranos ha celebrado en el templo de San Isidro. Otras poblaciones han acordado tambien conmemorar de algun modo tan doloroso suceso; y ademas se han propuesto diversos recursos para perpetuar por medio de las artes alguno de los hechos memorables en que tomó parte activa el duque de la Victoria.

Tal vez ningun hombre público de nuestros tiempos ha sido juguete de más opuestas vicisitudes de fortuna que el general Espartero. Llegó á ser ídolo de un partido y á pasar por el destierro, la difamacion y las sentencias de muerte. No ha habido elogio que no se le haya tributado ni insulto que no se le haya dirigido. Las universidades le han condecorado, siguiendo una costumbre tradicional, con el título de doctor; y sus enemigos le han negado hasta la más vulgar inteligencia.

Por fortuna el tiempo, calmando las pasiones de la lucha, le ha permitido ver en sus últimos y tranquilos años un juicio más exacto de su vida y recibir inequívocas pruebas del respeto que merecía á todos los españoles. Su nombre se pronunciaba siempre con veneracion, y los reyes le visitaban en su modesta casa, creyéndose honrados con este acto. ¡Cuán pocos hombres célebres han conseguido llegar á conocer ese tranquilo juicio histórico, que puede servir de gran consuelo á las amarguras que siempre lleva consigo la vida pública!

No podemos escribir una biografía del general Espartero; pero tampoco queremos seguir la corriente que hoy lleva á los periódicos á lamentar su muerte con sentidos elogios. Escribimos desde un terreno en que podemos juzgar á todos los hombres con la más serena imparcialidad, tan lejos del odio como de la adulacion, mirando sólo á lo bueno que hicieron y á lo que fué causa de su nombre y de su prestigio.

Que Espartero fué un personaje notabilísimo no puede negarlo ni la más obcecada pasion política. El hombre que nace en el pobre rincón de una olvidada aldea, hijo de un infeliz carretero, y abandonando su pueblo con el hatillo al hombro, en busca de fortuna en el ejército, llega á capitán general, á ídolo del soldado, á regente del reino y á príncipe, no es, ni puede ser jamas un hombre vulgar. La lucha con la pobreza, con el nombre, con la cuna, es la más espantosa en nuestra sociedad;

el emprenderla sólo indica grandezza de alma, el triunfo es un heroísmo; y los que triunfan, y despues saben conservar la posicion adquirida, mereciendo cada día más el respeto público, no sólo no son hombres de fortuna, sino que prueban merecer los puestos á que fueron elevados.

Espartero hizo la primera parte de su carrera militar sólo con su espada, con su valor á veces temerario; demostró despues sus grandes condiciones de mando y de prestigio, y por último, en el tercio final de su vida, hizo ver con su nobleza y su dignidad que era merecedor de cuanto había alcanzado. Así, resumiendo su vida en estas tres fases, en estos tres periodos perfectamente distintos, pueden apreciarse todas las cualidades que contribuyeron á su rápida elevacion, á su popularidad y al respeto que le rodeaba.

Espartero era profundamente español, con todos los defectos y todas las virtudes de este pueblo. Noble como él, generoso como él, valiente como él. Apático, indolente, tal vez vulgar en la mayoría de los hechos que constituyen la normalidad de la vida; pero grande de pronto en las circunstancias críticas, elevándose á una altura que raya en el heroísmo; realizando empresas fabulosas y durmiéndose despues sobre sus laureles. Era hijo del pueblo que envía sus legiones sobre el Oriente, del pueblo que conquistó á Méjico, del pueblo de la guerra de la Independencia. No acertaremos á decir si esta mezcla incomprensible de negligencia ante cierto progreso constante; de desprecio á las pequeñas cosas en que otros pueblos fundan sus grandes esperanzas; de abandono respecto de lo que por elementos infinitamente pequeños forma la base de la civilizacion en otras partes, y de grandezza de ánimo, de invencible resolucion y de caballerescas empresas, en que se vencen, hasta negándolos, los mayores obstáculos, es un defecto ó una virtud nacional. Lo que aseguramos es que hay en el fondo de ese carácter y de esas condiciones un tesoro de nobleza, de idealismo, de atractivo, que habla al sentimiento y á la imaginacion, siendo el escollo de cuantos extranjeros han pretendido dar á conocer nuestro genio, nuestras costumbres y nuestra historia.

Los hechos de Espartero en la guerra de América son aventuras románticas y novelescas que recuerdan á un tiempo al Cid y á los primeros conquistadores. No hace muchos años se publicó una novela sobre su vida: estaba fundada en hechos demostrados; y el novelista no tuvo que hacer más que copiar las narraciones de sus temerarios actos de valor personal para darles un lugar en sus capítulos. Allí luchaba su genio contra todo: contra el clima y contra el hambre, contra los desiertos y los indios.

La guerra civil fué una nueva ocasion para que el carácter de Espartero se diera á conocer. La batalla de Luchana será siempre el asombro de cuantos recorran las inaccesibles alturas de Banderas, y se trasladen con la imaginacion á aquella noche espantosa de nieve y de ventisca. Del estudio de todas estas circunstancias brotan las palabras de la comision inglesa que vino á tomar el plano de la batalla no há muchos años: «Seguramente eran más que hombres los que aquí pelearon,» y la reflexion de Isabel II al visitar aquel sitio, y recorrer la demarcacion de los campamentos: «Todos fueron héroes.»

Espartero, como todos los hombres destinados para algo grande en el mundo, tenía el privilegio de entusiasmar y arrastrar al soldado; su poderosa voz, su elocuente voz ante el ejército, le embriagaba y le imponía. Tal vez con

ella, solo, se presentó ante las insubordinadas huestes de Miranda y llevó á cabo aquellos terribles castigos que volvieron la disciplina al ejército y le hicieron ir á pelear sin pan y sin ropa, descalzo, por entre la nieve y con pantalon blanco en Diciembre, pero lleno de valor y resolucion. Es dudoso si no fué este el mayor mérito de la vida militar de Espartero; si con algun otro prestó mayor servicio á la causa liberal en la guerra civil, y si jamas dió mayor prueba de valor personal y de energía de carácter.

El acto final de aquella guerra fué el abrazo de Vergara. España le debió el triunfo y la pacificacion; el heroísmo de la guerra y los beneficios de la paz. Verdaderamente eran justísimos los títulos que gozaba de duque de la Victoria y príncipe de Vergara.

En la vida política que siguió á su brillante carrera militar, como una necesidad, mereció muy distinto juicio, segun las opiniones; pero es preciso decir que no manifestó en ella la actividad, el golpe de vista, la decision y la grandezza de ánimo, que fueron sus principales cualidades en el campo de batalla. Tampoco recibió en ella más que disgustos, amarguras, decepciones é ingratitudes, que le aconsejaron en sus últimos años retirarse á la vida privada, de donde no ha podido arrancarle ni el ofrecimiento de una corona, ni las visitas de los reyes, que no ha pagado, fundándose en sus achaques.

Tal es el juicio que nos merece el general Espartero; su popularidad apasionada fué justa, como militar; y el respeto de que se ha visto rodeado en su retiro, un premio no ménos justo á sus pasadas glorias y á su honradez y nobleza.

—La cuestion de propiedad literaria va adquiriendo en España un importancia que no puede ménos de ser un síntoma favorable. En ningun país civilizado tenía el autor ménos derechos, lo cual significaba, no sólo un estado lamentable de la literatura y de las artes, sino un sentimiento de desprecio á las obras de la inteligencia, ante los demas géneros de propiedad, y por tanto una precaria situacion del escritor y del artista, así como de sus familias. En estos momentos acaba de promulgarse la nueva ley, que introduce profundas reformas, y equipara, hasta donde es posible, la propiedad literaria y artística á la propiedad material. No es esto decir que estemos conformes en un todo con cada una de las disposiciones de la nueva ley; pero encontramos en ella mucho bueno y digno de ser elogiado.

Sin embargo, no vemos el progreso en este punto solamente en la accion de la ley, que no puede llegar más allá de cierto límite, sino en el cuidado con que los autores defienden sus obras. Podríamos citar varios casos que lo demostraran; pero nos fijaremos en uno que acaba de tener lugar. Hace pocas noches se reunieron varios publicistas y literatos en casa de D. Francisco García Ayuso con objeto de leer y examinar la obra titulada: *Viajes y descubrimientos en el polo Norte*, publicada por D. E. Contreras, y decidir si era un plagio de la que con el título *Los descubrimientos geográficos modernos* había dado anteriormente á luz el Sr. Ayuso. Los concurrentes declararon por unanimidad que, en efecto, más de cincuenta páginas de la primera eran un fiel traslado de la segunda, protestando contra este hecho, que tiende á arrebatar el mérito al escritor y á mermar la pequeña recompensa que en España suelen tener los escritores.

El rigor en esta materia no puede ménos de producir grandes ventajas, así á los autores como á los editores. El día en que una especie de policía literaria investigue de dónde salen los miles

de ejemplares de obras españolas que se venden en América, y se corte ese abuso, nuestros editores ganarán cuantiosas sumas y extenderán de un modo increíble su comercio. Así como no puede haber libros sin editores ni librerías, no puede haber amor al trabajo literario sin que constituya una propiedad respetable y respetada, tanto bajo el punto de vista legal, en que pueden intervenir los tribunales, como bajo el de la conciencia del escritor, en la jurisdicción en que no puede penetrar la acción civil. Los que han negado la propiedad intelectual han pretendido herir de muerte el progreso.

—Nos falta espacio para resumir las noticias científicas, que se han acumulado en los últimos días, y lo haremos en el próximo número.

LA CIENCIA DE LA VIDA

CLAUDIO BERNARD

(CONCLUSION)

Vamos á ocuparnos de Claudio Bernard como fisiólogo. ¿Quién es capaz de recordar todos sus trabajos? ¿quién puede ponderar su valor y trascendencia?

Nacido en Saint-Julien cerca de Villafranche, el 12 de Julio de 1813, llegó á París en Setiembre de 1834, es decir, á los 21 años de edad, para entregarse por completo al estudio de la medicina y de la cirugía. En 1839 fué nombrado interno de los hospitales, y entró á practicar con Magendie, en el Hôtel-Dieu, de quien había oído ya las lecciones que diera en el Colegio de Francia. Allí fué donde Claudio Bernard descubrió su verdadera aptitud para la fisiología. En lugar de los cursos didácticos que hasta allí había oído, veía un profesor que hacía experimentos delante de sus discípulos, no sólo para confirmar conocimientos ya adquiridos, sino, y esto era lo más frecuente, para estudiar problemas que hasta allí no habían podido resolverse. En lugar de la fisiología explicada, aquello era la fisiología tangible, animada, viviente, era la experimentación misma que se apoderaba de la atención íntima de los asistentes mostrándoles los hasta allí inescrutables secretos de la vida; eran una serie no interrumpida de descubrimientos de interés siempre creciente que nacían á los ojos de los alumnos, obligándoles á asistir á la clase con la curiosidad del que va á hacer un viaje en busca de países maravillosos, con el ansia del que espera cada día algo nuevo, algo imprevisto, algo que no se ha podido figurar y de lo que no tiene ni siquiera idea. El efecto de tales lecciones fué decisivo. Claudio Bernard se sintió experimentador, y entró en seguida como ayudante en el laboratorio fisiológico de Magendie; al cabo de un año recibía ya el título oficial de preparador, y á partir de esta época se consagraba ya por entero á las investigaciones fisiológicas. No obstante, como todos los comienzos son costosos, Claudio Bernard desfalleció un momento, y quiso dedicarse á practicar la cirugía, pero pasado el primer instante de vacilación, volvió á sus estudios favoritos con más ardor que nunca. Sus primeras publicaciones fueron una memoria que escribió en 1843 con el título de *Recherches anatomiques et physiologiques sur la corde du tympan* y su tesis del doctorado en medicina, sostenida en el mismo año, intitulada: *Du jus gastric et de son rôle dans la nutrition*.

Después de esto Claudio Bernard empieza á trabajar sin descanso, sus descubrimientos se suceden de día en día y la celebridad no tarda en coronar sus esfuerzos.

En 1854 es nombrado profesor de la Facultad de Ciencias, creándose expresamente para él una cátedra de Fisiología; en el mismo año es elegido miembro de la Academia de Ciencias para llenar la vacante que dejaba á su muerte el eminente cirujano Roux, y el año siguiente, reemplaza al mismo Magendie en su cátedra del Colegio de Francia. En 1868 deja la facultad de Ciencias, para ocupar una cátedra que hasta allí había desempeñado Flourens en el Museo, y en el mismo año le reemplaza en la Academia francesa. La mayor parte de sociedades y de academias de Europa se enorgullecen de admitirlo en su seno. En esto sus compatriotas,

apreciándole como uno de los primeros hombres de Francia, le nombran senador y luego el gobierno le premia con el diploma de Comendador de la Legión de Honor, con el cual él ni siquiera había soñado.

En primer término debemos citar sus trabajos admirables de investigación sobre la formación del azúcar en el organismo animal, investigación que hará verdadera época en los anales de la ciencia, pues que no solamente nos han descubierto un fenómeno desconocido, la producción de azúcar en los animales por medio del hígado, sino que nos han aclarado notablemente la gran influencia que ejerce el sistema nervioso sobre la nutrición íntima, y á más han sido el punto de partida de una nueva teoría sobre la diabetes. Después de 1849, época en que Claudio Bernard comunicaba por primera vez á la Sociedad de Biología su descubrimiento de la formación de azúcar por medio del hígado hasta el año último en el cual nos ha dado sus trabajos de investigación sobre la glicogenia, no ha cesado de ocuparse de esta cuestión, hasta el punto de poder decir que todo lo que hoy sabemos de ella, á él se lo debemos. Después de encontrar que el hígado forma azúcar á expensas de la sangre que lo atraviesa, sea cual fuere el régimen del animal, nos demuestra que este azúcar es el resultado de la metamorfosis de una sustancia amiloidea de la cual ha hecho constar la presencia, el primero, en el órgano hepático, sustancia que se produce en las células propias del hígado y á la cual da el nombre de *materia glicogena*. Hace ver en seguida que la cantidad de azúcar suministrado por el hígado á la sangre de las venas hepáticas varía según que el animal esté sano ó enfermo. Descubre luego que una picadura hecha en un punto particular del bulbo raquídeo ejerce una tal influencia en la formación del azúcar por el hígado, que la sangre se carga de tal manera de este principio, hasta el punto de dejarlo escapar por los riñones y volverse el animal diabético. Este descubrimiento imprevisto produce en el mundo de los sabios gran admiración una vez comprobado por mil observaciones; y bien pronto Claudio Bernard, por una serie de experimentos de una finura prodigiosa y con una perspicacia de que no hay idea, demuestra de qué manera las lesiones del bulbo raquídeo, cuyo resultado acaba de descubrir, vienen á reaccionar sobre la glicogenia hepática. Jamás mirada más profunda penetró los secretos de la nutrición íntima de los seres.

Pero no se pára aquí, va mucho más lejos; de su descubrimiento, a fuer de buen lógico, saca consecuencias importantísimas de aplicación inmediata á la medicina. Lo primero que hace es cambiar la idea que se tenía de la diabetes. Para él la diabetes consiste en una perturbación de las funciones del hígado, en una exageración de la producción de la materia glicogena, y en un exceso de actividad paralelo á la metamorfosis de esta materia en azúcar. Reconoce él la causa de esta alteración funcional en una alteración de las funciones del sistema nervioso central. Pronto esta teoría es punto de partida de investigaciones importantes y hoy día, después de profundas discusiones, triunfa de las otras que sobre este particular se tenían.

Al lado de este gran trabajo, pueden colocarse sus investigaciones sobre el *gran simpático* y la *inervación de los vasos*. Antes de esto, nada se sabía á punto fijo sobre la producción del calor animal.

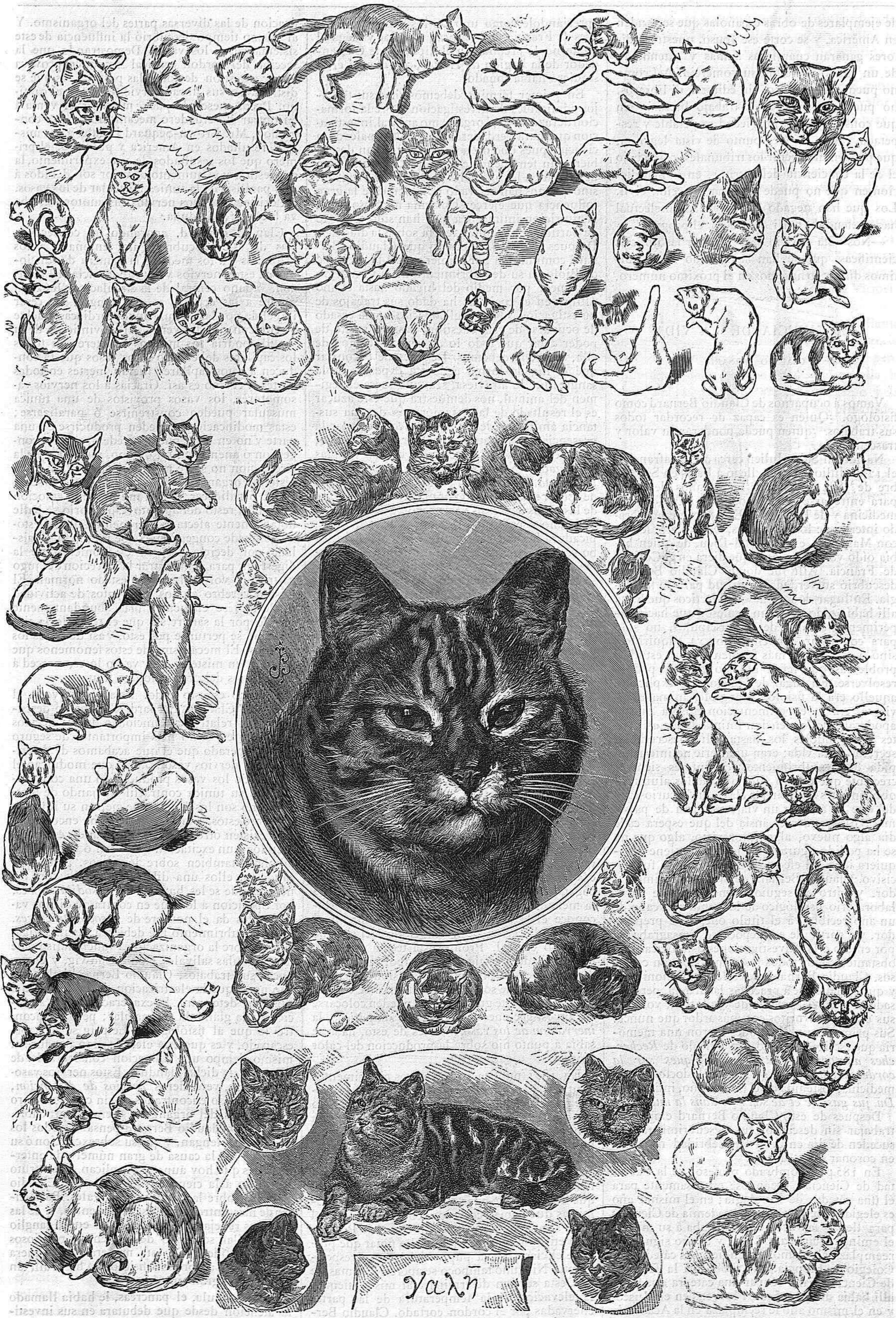
En 1851 publica sus primeros experimentos relativos á la *influencia del gran simpático sobre la sensibilidad y la calorificación*, haciendo ver que la sección del cordón cervical del gran simpático determina á un lado, al mismo tiempo que la congestión de la correspondiente mitad de la cara, un aumento considerable del calor en la misma región. Ningún trabajo del eminente fisiólogo muestra más perspicacia que el que acabamos de citar. Muchos eran los anatomistas que habían cortado el cordón cervical del gran simpático después de la época de Perfour du Petit, y ninguno había hecho notar que produce el cierre de la pupila del lado correspondiente. Ninguno tampoco se apercibió jamás de que esta sección determinará al mismo tiempo la elevación de la temperatura de las partes enervadas por el cordón cortado. Claudio Bernard, mostrándonos este fenómeno, ha sido el primero en hacernos ver que el sistema nervioso influye de una manera potente sobre la calorifi-

ficación de las diversas partes del organismo. Y al mismo tiempo descubrió la influencia de este sistema sobre los vasos. Demostrando que la sección del cordón cervical simpático provoca una congestión de todas las partes á las que se distribuyen sus fibras nerviosas, abrió el camino. Pocos meses después, mientras él venía á encontrar el verdadero mecanismo de esta congestión, Mr. Brown-Séquard llegaba á los mismos resultados en América y publicaba el primero que los resultados de este experimento, la congestión y el aumento de calor son debidos á una parálisis de la túnica muscular de los vasos. La existencia de los nervios vasomotores estaba ya fuera de toda duda.

Claudio Bernard, apurando las consecuencias de este descubrimiento, enseñaba á los fisiólogos y á los médicos la manera de funcionar de estos nervios y su importancia. El corazón, órgano central de la circulación, lanza la sangre á las arterias y esta sangre, sin cesar impelida por las ondulaciones cardíacas, vuelve al corazón por las venas. El movimiento de la sangre tendría los mismos caracteres en todos los capilares del cuerpo si los vasos que la conducen á estos capilares fueran inertes en todas partes. Pero no es así. Gracias á los nervios vasomotores, los vasos provistos de una túnica muscular pueden constreñirse ó paralizarse; estas modificaciones pueden producirse en una parte y no en otra, puede suceder que haya congestión ó anemia en un órgano, mientras que la circulación no sufre modificación alguna en el resto del organismo. La cara puede llenarse de rubor ó palidecer bajo el influjo de la emoción sin que el resto del aparato respiratorio se halle notablemente afectado. La membrana del estómago puede congestionarse de una manera aislada, por decirlo así, en el momento de la digestión, para suministrar la secreción del jugo gástrico y volver luego al estado normal. El mismo cerebro en los momentos de actividad intelectual se encuentra más abundantemente regado por la sangre sin que el resto de la circulación se perturbe por esto, y así de todos los órganos. El mecanismo de estos fenómenos que ayer era un misterio, hoy ya no lo es, merced á los trabajos del gran fisiólogo francés.

Pero no es esto todo. Estaba reservado al genio de Claudio Bernard el hacer un descubrimiento relativo al funcionar de los nervios vasomotores, si no más importante, de seguro más inesperado que el que acabamos de describir. Los nervios vasomotores que modifican el calibre de los vasos produciendo una constricción de su túnica contractil ó dejando de inervarla, no son los únicos que ejercen su influencia sobre estos. Claudio Bernard ha encontrado que existen otros nervios que cuando están sometidos á una excitación funcional ó experimental obran también sobre los vasos, pero operando en ellos una dilatación. Estos son los nervios que se les ha llamado *vasodilatadores*, por oposición á los que en contra de dichos vasos, se les da el nombre de *vasoconstrictores*. Este descubrimiento fué debido á sus investigaciones sobre la organización y funcionalismo de las glándulas salivales. Como Ludwig, y sin conocer sus trabajos, Claudio Bernard había hecho notar que la electrización de la cuerda del tímpano determina la exageración de la secreción de la glándula submaxilar; pero él encontró lo que al fisiólogo de Leipzig se le había escapado, y es que esta electrización produce al mismo tiempo una dilatación considerable de los vasos de dicha glándula. Estos nervios vasodilatadores, verdaderos *nervios de distensión*, sólo han sido encontrados en un corto número de regiones del organismo. Pero es probable, que, como Claudio Bernard pensaba, todos los órganos los tengan, y que su sobrecitación ó su parálisis sea la causa de gran número de enfermedades que hoy aún no se explican. Gran fruto han dado á la ciencia los estudios de Claudio Bernard sobre las glándulas salivales. Baste citar de más, entre otros descubrimientos, el de las acciones reflejas que tienen lugar en el ganglio sub-maxilar separado de los centros nerviosos cefalo-raquídeos. De esta manera por primera vez probó la autonomía fisiológica hasta allí tan dudosa, del gran simpático.

Otra glándula, el páncreas, le había llamado la atención desde que debutara en sus investigaciones fisiológicas. En aquella época teníanse ideas azar primitivas sobre las funciones de dicho órgano; una de las propiedades más notables

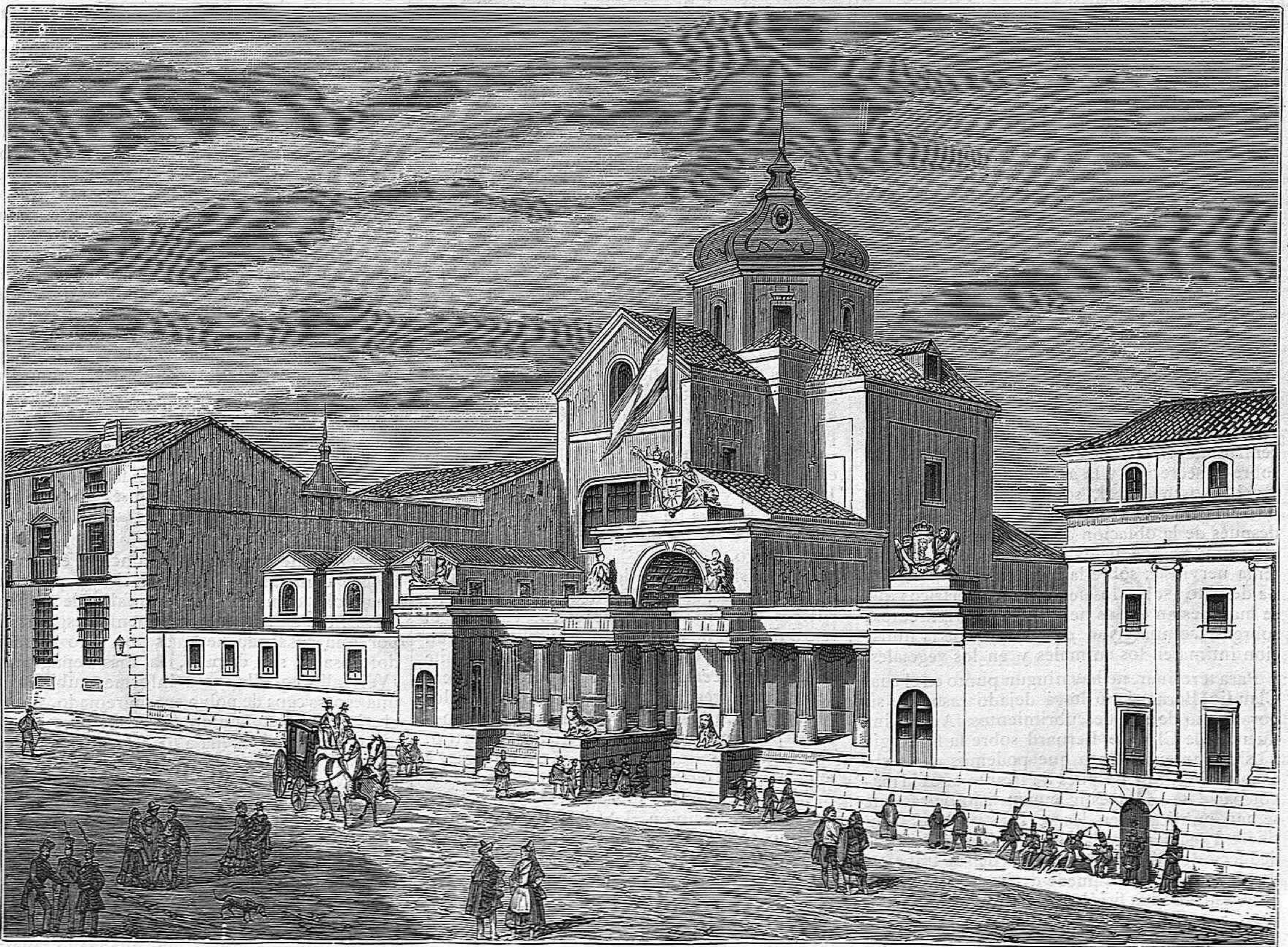


γαλή

EL TIGRE DOMÉSTICO (NOTAS SUELTAS) — COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE JULIAN BASTINOS. GRABADO DE CELESTINO SADURNÍ



MADRID — EL ESPÍRITU SANTO, IGLESIA DONDE PRIMERAMENTE ESTUVIERON LAS CÓRTESES



MADRID — EL ESPÍRITU SANTO REFORMADO PARA CONGRESO

del páncreas, había escapado á las investigaciones, de los experimentadores. Quiero hablar de su accion sobre las materias grasas. El gran Claudio Bernard hizo ver que de todos los fluidos que se ponen en contacto con los alimentos en el canal digestivo, el jugo pancreático es el que ejerce una accion más enérgica sobre las materias grasas, preparándolas para poder ser absorbidas, por medio de su emulsion.

En un orden de investigaciones enteramente distinto, Mr. Claudio Bernard, bien que precedido por célebres fisiólogos, ha sido un verdadero iniciador. A pesar de haber tratado el asunto ántes que él Magendie y Flourens, sus bellos descubrimientos en toxicología y materia médica, llenarán siempre una de las páginas más notables de la historia de la medicina. Gracias á él tenemos hoy día estos métodos, con ayuda de los cuales puede estudiarse la accion fisiológica de las sustancias medicinales y venenosas, y con sus brillantes estudios, nos ha hecho ver el partido que podríamos sacar de los dichos métodos. Por una serie de experimentos decisivos, nos demuestra que por medio del *curarse* se pueden abolir los movimientos voluntarios paralizando las extremidades periféricas de los nervios motores, respetando su accion los nervios sensitivos, los centros nerviosos y los músculos. De otra parte nos enseñan que el óxido de carbono mata los animales vertebrados por asfixia, fijándose en los glóbulos rojos de la sangre, y ocupando en ellas el lugar del oxígeno, quitándoles la propiedad de absorber de nuevo este gas. En fin, y por terminar, no hay más que ver sus notables descubrimientos sobre la accion de los alcaloides del opio y de los anestésicos, sobre el sistema nervioso.

¡Qué de trabajo nos costaría enumerar todos los servicios que Claudio Bernard ha prestado á la ciencia! Baste citar sus investigaciones sobre el nervio pneumogástrico, sobre el nervio espinal, sobre el trijémico, sobre el oculomotor comun, sobre la cuerda del tímpano, sobre el nervio facial, investigaciones en el curso de las cuales se le ocurrieron nuevos procedimientos de experimentacion, tales como el arrancar los nervios, la seccion de la cuerda del tímpano, la caja timpánica; procedimientos que hoy llevan su nombre en todas las escuelas y en todos los países. Sin poder detenernos por falta de espacio en considerar sus estudios sobre la sensibilidad recurrente y sobre las condiciones que la hacen variar, enumeraremos sus investigaciones sobre la presion de la sangre, sobre los gases que ésta contiene, sobre las variaciones de color de este líquido, segun el estado de inercia ó actividad funcional de los órganos que atraviesa, sean estos glándulas ó músculos; sobre las variaciones de temperatura de las diversas partes del organismo en los estados opuestos de funcion y de reposo; sobre la diferencia de temperatura entre la sangre del ventrículo derecho del corazon y la sangre del ventrículo izquierdo en los mamíferos; sobre la eliminacion electiva efectuada por las glándulas, de las sustancias introducidas en la economía, ó de aquellas que se acumulan en la sangre bajo la influencia de ciertos estados morbosos (azúcar diabético, materia colorante de la bilis); sobre los caracteres especiales y papel particular de la saliva de cada glándula salival; sobre la influencia de los centros nerviosos en la secrecion de la saliva; sobre la secrecion y la accion del jugo gástrico y del jugo intestinal, sobre las modificaciones de las secreciones del estómago y del intestino despues de la oblation de los riñones; sobre la albuminuria producida por las lesiones del sistema nervioso; sobre la composicion de la orina del feto; sobre los fenómenos eléctricos que se manifiestan en los nervios y en los músculos; sobre la comparacion de los actos de la nutricion íntima en los animales y en los vegetales.

Para terminar, no hay ningun punto en el cual Claudio Bernard no haya dejado rastro de sí, por medio de sus descubrimientos. Así, la influencia de Claudio Bernard sobre la fisiología ha sido inmensa, tanto que podemos decir sin exageracion, que despues de treinta años la mayor parte de las investigaciones fisiológicas que se han publicado en las revistas y libros científicos franceses é italianos, no han sido más que deducciones, ó corroboraciones de sus trabajos, de manera que bien puede decirse que ha sido el maestro de los fisiólogos de la raza latina.

Su influencia sobre la medicina no ha sido menor. Innumerables trabajos de patología mo-

derna, están basados en sus descubrimientos, sobre todo, los trabajos de Charcot Luys, Dally Vulpian y otros, sobre la patología del sistema nervioso. El fué quien enseñó el camino que debía seguirse en tan importante ramo con sus trabajos sobre la diabétes, la uremia, las congestiones, la inflamacion, la fiebre, etc. La misma terapéutica, viene modificada por su impulso. Los medicamentos han sido estudiados de una manera más racional, efecto del determinismo introducido en la ciencia de curar por tan eminente fisiólogo.

Aquí nos restaría hablar de las obras que escribió, pero ¿qué podríamos decir que ya no sea conocido? ¿qué obra podríamos citar que ya no el médico sino el estudiante de medicina ó el simple aficionado á la ciencia no conozca?

Tal fué, ó mejor tal es Claudio Bernard, porque los hombres que como él viven en y por los demas, no mueren. Sus obras, su manera de ser, nos quedan, triunfando de la muerte que nos lo arrebató. Los que de aquí en adelante estudien la fisiología, obrarán bajo su influencia póstuma, y si un día allá, en un porvenir lejano, adelanta tanto la ciencia que ya no quede ni vestigio de los actuales principios, siempre el que los estudie en la historia del saber humano, se descubrirá respetuosamente ante la colosal figura de este sabio, al igual que hoy nos descubrimos con respeto ante los prodigios de intuicion de los cosmólogos griegos.

POMPEYO GENER.

LAS CORRIDAS DE TOROS (I)

IV

(Continuacion)

Examinemos ahora: ¿Qué son las corridas de toros?

Aquí, lector, al fijar tus ojos en el cuadro exacto de una funcion de esta clase, hallarás sin duda que la tinta ha cambiado de color. Efectivamente, la tinta es roja; que la pintura de una corrida de toros no se puede hacer sinó con sangre. Poesía, arte, ideal hermoso, ilusiones encantadoras, aspiraciones á lo grande y sublime, moral, civilizacion, virtud, compasion, tiernas emociones del alma, suaves y purísimos afectos del corazon, inútiles son todos estos delicados colores para el pincel que ha de trazar el fúnebre cuadro de una pelea de hombres con irracionales. Murió todo lo poético: desvaneciéronse los encantos de la vida: la tierra parece haber retrocedido á los tiempos en que no se había pronunciado todavía la palabra civilizacion: en ella vive el hombre en estado inculto, el hombre todo materia, sin idealismo, sin nocion alguna de lo bello. Sólo tiene ojos para gozarse en la agonía de animales indefensos; voz para llenar los aires de pavorosos rugidos; palabras para denostar é injuriar á las víctimas de su impaciencia ó de su enojo, y fiebre en las venas que, llevando el hervor del delirio á su cabeza, le trasforman en un sér en contradiccion con las cualidades que ennoblecen al sér racional. Tales son las ideas que despierta el aspecto de una plaza de toros cuajada de espectadores.

Describamos una corrida. A la hora señalada en los carteles salen las cuadrillas á saludar al Presidente, y despues de la ceremonia tradicional de la entrega de la llave del chiquero y del toque de los clarines, aparece en el redondel el primer toro.

La cuadrilla de lidiadores se divide en picadores, espadas, sobresaliente de espada, banderilleros y puntillero ó cachetero. Cuando el jefe ó director de la cuadrilla es, verbigracia, un Rafael Molina, la empresa de la plaza no omite apellidarle el *célebre Lagartijo*; porque los más de los lidiadores, sin que en rigor posean títulos bastantes para merecer la celebridad, son conocidos por apodos, como el citado Lagartijo, Tremendo, Gallo, Paco de oro, Culebra; á semejanza de ciertos hombres ilustres conocidos en la historia con los sobrenombres de Alejandro Magno, Escipion el Africano, Manlio Capitolino, el Cid Campeador, Fernando el Sabio, Guzman el Bueno.

El toro, pues, se presenta en el redondel. Parado en el centro, irguiendo la cabeza arma-

da de afiladas astas, verdadera espada de Damocles suspendida sobre la vida del torero, vuelve con impaciencia á derecha é izquierda sus encendidos ojos, examinando cuál será el blanco de su primera acometida. Ocupan la plaza, distribuidos á cierta distancia uno de otro, segun las reglas del toreo, los picadores (toreros á caballo) y varios capeadores. El toro embiste con ímpetu al picador, quien, firme sobre el caballo, que lleva los ojos vendados, le rechaza con la acerada puya de su robusta pica. El animal retrocede, ostentando sobre el testuz la roja huella de su primera derrota. ¡Albricias! comenzó la fiesta. Sin que sea precisamente un jardín, surge en el redondel el primer surtidor de sangre. Sucede á veces, y con harta frecuencia, que, impotente la garrocha para repeler la vigorosa arremetida del toro, sus astas penetran en el vientre del caballo, el cual, furiosamente sacudido y perdiendo el equilibrio, se viene al suelo con el jinete. Nuevo y aterrador grupo de Laocoonte, aparecen un momento entrelazados y confundidos, picador, toro y caballo. Los capeadores llaman con las capas y distraen al toro: el caballo ó no vuelve á levantarse, ó, aguijado por los mozos de la plaza, se arrastra á duras penas derramando y pisoteándose los intestinos hasta que, exangüe, cae desplomado. El picador se levanta á veces ileso, otras veces magullado y aturdido por el golpe que al caer recibe en la cabeza, ó con una herida más ó ménos grave en otra parte del cuerpo. inmóvil y como exánime, es conducido á la enfermería.

Este incidente no causa absolutamente impresion alguna desagradable en el concurso; y no creo injuriar á los espectadores afirmando que á ninguno de ellos interesa el estado del picador. La razon es obvia. Si la compasion pudiese arrancar de un solo pecho un grito de espanto y simpatía en favor del toreador lisiado, ese generoso pecho no escogería para enternecerse un espectáculo incompatible con las tiernas emociones. Restituído á su casa puede interesarle al espectador la salud del torero; durante la lidia el torero no es un semejante nuestro, no pertenece á la humanidad: es propiedad de la plaza de toros: es uno de los varios juguetes destinados á amenizar la funcion.

Yo ya sé que la muerte de un lidiador, toreando en el redondel, es cosa de poca monta para el espectador que ha comprado en la puerta, con el derecho de solazarse, el de mostrarse indiferente á la sangre humana que riega la arena. Sé asimismo que despues de haber exhalado el diestro su postrer suspiro, la civilizacion y la vida de la humanidad siguen inalterables su majestuoso rumbo á través de los tiempos. Mas si tan insignificante cosa es en el circo de toros la muerte de un lidiador, miéntras el constante riesgo de su vida deleita á doce mil espectadores, ¿por qué dar tanta importancia á la vida del hombre que, en la carrera del crimen, es el terror y espanto de la sociedad? Vemos con estúpida y cruel impasibilidad caer herido de muerte al infeliz torero en el ejercicio de su profesion, y filántropos y misericordiosos queremos, con la abolicion de la pena de muerte, arrancar caballerosamente del patíbulo al cobarde asesino tantas veces indigno de clemencia! Seamos consecuentes, seamos lógicos, no hipócritamente sentimentales. Ó nos estremece y conmueve la muerte del lidiador, y abolimos las corridas de toros; ó acatando y conformándonos en silencio con el fallo severo de la justicia, dejamos que se alce el cadalso para el criminal.

Esta primera parte de la funcion, en que el manso é inofensivo caballo, sin despedir un quejido y como resignado al fallo de sus verdugos, cae en la arena cruelmente despedazado por una ensañada fiera, es por todo extremo dolorosa y, sin disputa, la más repugnante. ¿Véis allá aquella masa informe, cubierta de una espesa capa de polvo ensangrentado, abierto el vientre, desprendidos de él los intestinos, y rodando sobre la arena á los violentos amurcos del toro? Es un caballo en el cual se ceba la implacable fiera despues de haberle quitado la vida.

Más léjos otro caballo, mortalmente herido, en pié todavía, y libre ya de los arrees de montar, incitado por el dolor y haciendo su vida un esfuerzo postrimero, se encabrita; pero en vez de caer sobre las manos, pierde el equilibrio, y describiendo un círculo cual la rueda sobre su eje, se desploma de espalda, quedando muerto

(1) Errata. En el n.º del 3º último, pág. 374, col. 3.ª, donde dice: «arranquemos» léase «arránquemos».

como herido de un rayo. Una risotada general acoge la convulsion desgarradora del infeliz cuadrúpedo. ¡Salvajes! insultáis con cínica risa al noble bruto que quizá más de una vez, caballero sobre él alguno de vosotros, excitó en los paseos la pública admiración con su arrogante estampa; que, acaso, en día de regocijo, llevó á otro al bautizo de un hijo suyo; ó el cual ricamente enjaezado, tirando de un lujoso coche, conducía á la novia de otro el fausto día en que entramos fueran pomposamente al templo á recibir la bendición nupcial.

¡Ingratitud! ¡muerte afrentosa! No basta que el dócil caballo, consagrado al recreo y solaz del hombre y constantemente dispuesto á aligerar sus fatigas prestándole mil inestimables servicios, comparta generosamente con él las penalidades y horrores de la guerra; es preciso que, vil juguete de innoble diversion, se prostituya al picador para que reciba en los cuernos del toro el galardón de una vida laboriosa, muriendo ignominiosamente entre las estúpidas carcajadas de una turba ébria de sangre.

Después del combate de los picadores con el toro, regueros de sangre aquí, charcos de sangre allá, caballos destripados, jinetes heridos ó maltrechos, necesita el toro nuevos acicates que aviven su braveza, y se le cuelgan banderillas. La empresa tiene la galantería de anunciar al sensible público digno de apreciar la fineza, que ha adquirido *diez juegos de banderillas de lujo para parear los toros*. Efectivamente al clavarse en el cerviguillo del bruto la lengüeta de hierro del rehilete, se desprenden de esos vistosos atavíos lindos pajaritos que echan á volar, flores, cucuruchos de dulces: ¡adorno inicuo sobre el dolor! ¡ferocidad con visos de candidez con que se colorea el padecimiento causado por la punta de un hierro que penetra agudamente en las carnes! El animal, irritado, martirizado, forcejea por desasirse de las banderillas, sacudiendo con terrible impaciencia la cabeza, y brama de coraje. Le capean los banderilleros y le hacen suertes, luciendo su agilidad y destreza entre las palmadas y desaforada gritería de la electrizada muchedumbre, que arroja á la plaza cigarros, sombreros y otros objetos en manifestación de contento.

La empresa avisa igualmente que: «Cuando la Autoridad lo disponga, se pondrán *banderillas de fuego* á los toros que rehuyan las varas.» De suerte que si la res es de suyo bravía, dejan que siga los impulsos de su naturaleza para que llene cumplidamente todas las condiciones de la lidia: si esquiva las varas, esto es, si prefiere la compañía de sus hermanos de encierro á la de los hombres que le conceden por breves instantes la libertad á fin de recrearse á costa de sus tormentos, sus verdugos aguzan el ingenio inventando todo linaje de incitamientos para enardecer su fiereza: en cuanto á la del hombre no há menester otro incitativo que el deleite.

Por fortuna la empresa previene asimismo que observándose en la plaza las reglas generales establecidas en las primeras plazas de España, *se suprimen los perros de presa*. Congratulémonos y demos las gracias á los iniciadores de tan gran progreso, fruto de las corrientes civilizadoras del siglo. Y en realidad de verdad no era posible que la civilización llamara á las puertas de nuestra patria sin que, una vez abiertas, se entrara de rondon en los circos de toros.

Suena por tercera vez el clarín que anuncia el tercer cuadro del trágico drama que se está aplaudiendo, ó sea, la muerte del toro, el cual, vomitando chorros de sangre y tras larga agonía cae, desplomado, de una estocada. Cuando el toro no muere instantáneamente, el puntillero, á fin de abreviar su agonía, lo remata con el cachetero, especie de afilado cuchillo que le clava en el testuz.

Pero ¿á qué proseguir en el relato de tanta carnicería? ¿á qué llevar al lector á un asqueroso matadero? ¿á qué insultar sus sentimientos delicados, desplegando á su vista escenas, ora cómicas, ora horribles, cuando risibles, cuando sangrientas, y que, amalgamando monstruosamente lo cruel á lo inmundo, acreditan lo repulso de semejante diversion?

¿Y quiénes componen el concurso? ¡Ay! todas las clases de la sociedad. Sin duda el talento, los modales distinguidos, la instrucción, la moralidad no son incompatibles con la afición á los toros; mas en cambio examinemos el público con el cual la persona de viso y bien na-

cida alterna en la plaza, y veremos que no hay truhan, calavera, jugador, disoluto, fullero, hombre ruin, de pasiones desenfrenadas, encajado en todos los vicios, que no saboree con deliciosa fruición y no aplauda con exaltación parecida á la demencia los más insignificantes lances y suertes de la lidia. ¡Honrosa y envidiable compañía!

Pero ¿cómo maravillarnos de que tengan tales y tantos admiradores semejantes espectáculos, si hasta acuden á presenciarlos con sabor las mujeres? Mas corramos un velo sobre tamañas aberraciones y miserias. Respetemos en la mujer al sér venerando, origen y embeleso de la familia. Al fin y al cabo ni todas las mujeres profanan los tiernos y delicados sentimientos, atributos de su naturaleza, ni todas las españolas rebajan y desdoran su sexo concurriendo sin horror á una función de toros.

(Se continuará.)

EUSEBIO FONT Y MORESO.

EL DISTRITO MINERO COBRIZO

DE HUELVA

ANTIGUA THARTESIS BÆTICA

I

El distrito cobrizo de Huelva, que, histórica y científicamente debe incluir las minas de igual clase del mediodía lusitano, comprende aproximadamente una extensión de doscientos kilómetros de Levante á Poniente y de veinte y cinco á treinta kilómetros de Norte á Sur; ocupando parte de las provincias de Sevilla y Huelva, en España, y de Alemtejo, en Portugal.

Descansan los criaderos cobrizos sobre las capas pizarrosas de la formación silúrica cuya estratificación, levantada, á veces, hasta la vertical, se dirige por lo comun de Este á Oeste alternando con dioritas y rocas cristalinas, que siguen la misma dirección.

Dicho terreno, el más antiguo de la Península geológicamente considerado, debe la mayor parte de su relieve moderno á la erosión producida por las aguas y la atmósfera durante los muchos siglos que transcurrieron desde que salió del mar, sin haber vuelto á ser cubierto por las aguas. Por lo tanto, la dirección de las crestas es la misma que sigue la estratificación, formándose las cimas superiores donde más dureza presentaron las capas geológicas.

Los yacimientos mineralizados no se ofrecen como en otros distritos, filones en grietas rellenas ó en capas regulares, sino en masas cristalinas de piritas interpuestas y envueltas en las pizarras y con dimensiones muy cortas ó tan grandes que representan millones de toneladas.

En la proximidad de las principales masas piritosas, el terreno aparece impregnado de finísima pirita más ó menos cobriza. La sierra de Thársis está compuesta de pizarras cobrizas, donde yacen varias enormes masas.

Las aguas donde se fueron depositando las pizarras se hallaban grandemente saturadas de sales metálicas, y al mismo tiempo, bajo la influencia de fuerzas hoy mal conocidas, á pesar de manifestarse aún en ciertas aguas minerales; los sulfatos disueltos se convirtieron en sulfatos insolubles, agregándose, ya en cristales de corta dimensión, ya en masas compactas de gran potencia.

Conocida es la fuerza de atracción molecular de un cristal en formación. En las fábricas como en los laboratorios químicos, se obtienen diariamente sales de dimensiones notables, en pocos días. Nada tiene, pues, de extraño el que los depósitos cristalinos que se constituyeron durante siglos, alcancen gigantescas proporciones.

Así se formaron contemporáneos de las pizarras silúricas, los depósitos metálicos, hoy poderosa riqueza del distrito de Huelva. Cuando después, ocurrieron las primeras perturbaciones de la corteza sólida del globo, cuando de un mar hirviente, salieron levantadas las estratificadas capas del terreno silúrico, con ellas envueltas salieron también aquellos metales, unos expuestos á la luz y á la atmósfera, otros escondidos en la roca, hasta que las erosiones, en los sucesivos siglos hubieron de descubrirlos sólo en parte.

La composición de los minerales del distrito

mencionado es sumamente complicada. Encuéntrense en ellos el azufre, el selenio, el arsénico, el hierro, el cobre, el níquel, el cobalto, el antimonio, el plomo, el zinc, la plata y el oro. El de las piritas cobrizas es la operación metalúrgica más completa y más perfecta que se conoce si se verifica en los centros industriales de fabricación de productos químicos, teniendo por base esencial el azufre. Por lo tanto, los minerales del distrito de Huelva han llegado á obtener una importancia verdaderamente internacional. Su explotación contribuye á desarrollar el comercio y la riqueza local hasta el punto de haber convertido una playa de modestos pescadores en puerto de primer orden, siendo además condición vital de las industrias químicas, cuyos establecimientos representan un capital de más de quinientos millones de pesetas.

Al presente, las masas minerales conocidas, en Río Tinto, en Thársis, en Santo Domingo, en el Lagunazo, en Calañas y en otros criaderos de menor importancia, representan muchísimos millones de toneladas y aseguran una explotación duradera. Las condiciones ya expuestas de su formación geológica permiten esperar que, además de las masas aparentes existan otras envueltas todavía en la estratificación pizarrosa. El importante lugar que en el mundo industrial ocupa hoy el distrito minero de Huelva presenta, pues, condiciones de continuidad reconocidas. Pueden aquellos industriales contar con inagotables campos de explotación, como con pedidos cada día más numerosos de sus productos.

La industria moderna, al emplear las piritas en la fabricación del ácido sulfúrico, ha duplicado el valor de los minerales de Huelva, y llegará el día en que ha de renunciarse al desperdicio que hoy se hace del azufre quemado en el beneficio local. Entre tanto, el distrito entrega al comercio una cantidad de azufre utilizado que representa con mucho la totalidad de los demás productores.

En cuanto al cobre, el distrito que, veinte y cinco años atrás apenas figuraba en el mercado, ocupa hoy el primer lugar en el del mundo.

Después de muchos siglos de paralización, la minería cobriza de la *Thartesis Bætica* ha recuperado la primacía que tuvo en la antigüedad y los trabajos modernos han comprobado material y científicamente la tradición histórica de la gloria industrial que en lo remoto alcanzó el suelo español.

E. DELIGNY.

Debemos á la amabilidad de una distinguida suscritora una hoja de un antiguo álbum suyo en que aparece la bellísima, aunque breve, composición siguiente:

MADRIGAL

— ¿Qué buscas, marinera, en esta playa?
— Una ilusión.— No puedo yo saberla?
— Señor, busco una perla;
mas mi suerte mal haya,
que fué á sacarme de mi humilde centro
en pos de perla, que á la fin no encuentro.
— ¿Cómo la has de encontrar?
Búscala, hermosa niña, mar adentro;
mas yo, yo soy el mar.

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

(Inédito.)

MÁXIMAS MORALES

La amistad es un amor que no se comunica por los sentidos.

La libertad no consiste en hacer lo que se quiere, sino en hacer lo que se debe.

La esperanza es el eslabon que nos une al cielo.

Los ignorantes son los negros de la casta blanca.

El amor á la patria es la ley de gravedad del alma.

Pese á la rivalidad, lo que brilla brilla.

El orden nace, la anarquía se hace.

Las cosechas sembradas en la tierra se cogen en el cielo.

R. DE CAMPOAMOR.



EL PADRE DE MOZART

WAGENSEL, COMPOSITOR IMPERIAL

EL NIÑO MOZART

EL ARCHIDUQUE JOSÉ

EL EMPERADOR FRANCISCO I

LA EMPERATRIZ MARÍA TERESA

MARÍA ANTONIETA

EL PRÍNCIPE KAUNITZ

EL CONDE PALSSY, CANCELIER REAL DE HUNGRÍA

CÓRTE DE AUSTRIA EN EL AÑO 1762

EL NIÑO MOZART PRESENTADO POR EL ARCHIDUQUE JOSÉ

COPIA DEL GRAN CUADRO DE E. ENDER

EL TRANVÍA

Yo no he podido darme una explicación precisa, obtener una definición rigurosa de lo que es, de lo que representa, de lo que significa, la palabra CIVILIZACIÓN repetida por todos, y comprendida por cada cual á su manera.

Renuncio á valerme de los diccionarios que no me han servido más que para embrollarme; siempre que he buscado en ellos la etimología ó la acepción de un sustantivo, me he encontrado con una vaguedad en la generación de la idea, con la indeterminación en su desarrollo y con lo imperfecto, con lo ineficaz en su aplicación. Los diccionarios, así como las gramáticas, no hacen el lenguaje, el lenguaje los hace á ellos; van detrás de la palabra, calificándola, explicándola, determinando, por decirlo así, su mecanismo, su manera, su método, su estilo, y siempre convencionalmente, por apreciación, luchando con las variaciones, las transportaciones y las corruptelas del uso. De aquí las transformaciones, las modificaciones constantes de todas las lenguas dentro de su generación, de su raza, por decirlo así.

Pero no es nuestro objeto aventurarnos en un estudio filológico-psicológico: después de revolver muchos libros, de repetir muchas opiniones, de llenar muchas páginas con nombres de sabios que han gastado su vida estudiando para repetir y comentar, seguir ó redargüir, lo que otros sabios han dicho; nos quedaríamos como ellos sin haber resuelto nada, sin haber hecho avanzar lo que no está en nuestra mano mover, porque se mueve por sí mismo, y sin otro resultado, cuando más, que ser tenidos por sabios por los aficionados al género. El lenguaje marcharía sin nosotros, delante de nosotros, desarrollándose y modificándose por sí mismo y obligándonos á correr para alcanzarlo sin conseguirlo. Todo lo que pertenece á la idealidad es infinito, no puede determinarse acerca de ello más que algunos sencillísimos principios fundamentales que están al alcance de todos; pero no se pueden establecer reglas acerca de lo que, por la misteriosa ley de la actividad, vive y anda por sí mismo, obedeciendo á causas que se escapan á nuestra percepción, y que, por lo tanto, no puede juzgar nuestra limitada inteligencia.

Aceptando nosotros que la palabra CIVILIZACIÓN quiere decir *estado de cultura ó medida de cultura, ó manifestación de cultura*, siempre en el progreso inevitable de los conocimientos humanos y de las invenciones de la idealidad, no podemos menos de considerar como un gran elemento civilizador y de una importancia especial al *tranvía* urbano.

En primer lugar ha dado un golpe de gracia al inmundo, al ya inaceptable simón de plaza, que empezó en la calesa y en el coche ó carretela de sopandas, y acabó y continúa en la berlina en *limonera*, con el penco matalote al que se pueden contar los huesos, miserable sér viviente digno de todo punto de la compasión de todo moderno Esopo que considere á los animales que se dicen desprovistos de razón, como un reflejo de las miserias y de los padecimientos y del excesivo trabajo para obtener una alimentación insuficiente del otro animal racional y humano que se llama hombre, y que por aditamento ha nacido desheredado y ha crecido agobiado por el insostenible peso de sus necesidades; — con su cochero, de todo punto perteneciente á una raza que se parece á la humana, y que, diferenciándose entre sí, es en el fondo el mismo bicho, suave y servicial, ó rudo, grosero y agresivo, con la multiplicidad de oficios que parecen inherentes al pescante de un carruaje pesetero; — con el ruido insostenible que sus partes desajustadas, sus herrajes violentados y sus ruedas sin precisión en sus centros, determinan al par un movimiento insufrible al rodar, al impulso del medio trote cochinerito del desventurado jaco; — con sus almohadones sucios, aplastados, duros, nidos de toda especie de insectos, pegadores de todo género de manchas; — con sus cortinillas de algodón de colores indefinibles, sus tirantes de cuero grasientos, sus cristales con mucha frecuencia rotos, singularmente en invierno y en los días en que el Guadarrama hace de las suyas; — con sus olores que no son ciertamente de *algalia y rosas*, y que pueden causar un asco mortal al que no ha puesto ó no ha podido poner un protector

cristal entre su persona y los dos animales del pescante y de las varas; — con sus saltos y sus tumbos sobre el magnífico empedrado de Madrid, que favorece á los zapateros obligando á todo el mundo á llevar calzado de dos ó más suelas aún en el verano; — con el continuo peligro para todo hombre de nervios de arrostrar un compromiso á causa de las exigencias y de las marrullerías del auriga; — con el millón de cosas inaceptables, dignas de una civilización bárbara que hacen sufrir á los desdichados que se ven obligados á servirse de estos vehículos, ó mejor dicho de estos purgatorios.

El tranvía no los hará desaparecer, pero los mejorará, los hará aceptables, los *civilizará*, en una palabra, por una razón de competencia y aún rebajará sus precios.

Una de las grandes misiones de la civilización es poner el mayor número posible de necesidades al alcance de todas las fortunas.

El hombre propende á la comodidad; el pueblo, pues, en que la comodidad, el confortable, está más al alcance de todo el mundo, elevando por consecuencia la educación de todos, es el más civilizado, el más á propósito para que sea una verdad la gran conquista, última palabra de la política, el derecho común.

El tranvía es además otro elemento de civilización determinando y aumentando el trato de las gentes, y haciéndose sentir en una modificación de las costumbres; latente si se quiere y lenta, pero segura, y esto con más eficacia en España, donde, á causa del clima, estamos todos afectados de una laxitud mayor ó menor: ¿quién por cinco céntimos no quiere ser transportado en un elegante wagon de movimiento suave (salvo cuando descarrila y se sufre esa crispatura de nervios que produce la dentera)? Del Hospital de la Princesa á la calle del Noviciado hay sólo algunos segundos de marcha: lo mismo de la calle del Noviciado á la Plaza de Santo Domingo, y así respecto á las otras estaciones: pues bien, la mayor parte de los pasajeros del tranvía van sólo de una estación á otra inmediata: cinco, diez céntimos, veinte á lo más: ¿qué es esto sinó el placer de un niño de ser paseado durante un momento, ó una laxitud que maravillaría á un londeño ó á un parisien que no tomarán el ómnibus ó el tranvía para una distancia menor de dos kilómetros? Así es, que los individuos de un mismo barrio ó que en él tienen ocupaciones diarias, acaban por conocerse todos: el tranvía es un lugar de reunión, de cita implícita, de frecuentación, de roce, de trato de gentes, y todo esto es civilizador de mil formas y maneras: hasta tiene importancia política y social; las clases se confunden en una especie de derecho común práctico, el hombre de la plebe con su gorrilla y su blusa y sus francas y desenfadadas maneras, se codea por la derecha con un caballero de la clase media que no se sabe lo que es, y que podrá ser cualquier cosa, pero vestido con esmero, con elegancia *comm'il faut* con todas las apariencias de un hombre de mundo, de una persona importante, y por la izquierda, porque nuestros hombres del pueblo son á su manera más galantes que los de la clase media, se ve obligado á incomodar lo menos posible á una joven señora hermosa, elegantísima y perfumada, que podrá ser cualquier cosa, pero que tiene todo el *chic*, todos los detalles, hasta el más pequeño, de una gran dama, y que puede serlo y lo es muchas veces en efecto, porque hay muchas grandes damas que se lanzan solas á excursiones que con frecuencia tienen por objeto inestimables obras de caridad; — la *gembra barbiana* de barrio bajo, con su peinado en *guinqué*, su pañuelo de seda á la cabeza, su pañuelo de alfombra sobre los hombros, su terciopelo con medallón al cuello y su ancho traje con cola de lanilla de fantasía; la buscona *cruda*, en una palabra, si no es ya la tratanta, ó la carnícera, ó la de *casa abierta*, ó la manola reformada, miran con un cierto sobrecejo agresivo, epigrámico y gracioso de una manera especial á otra buscona adobada, pintada, remilgada, que se ha metido en el tranvía porque él es un excelente lugar de exposición en que puede encontrarse una *conveniencia*, y mucho más barato que el café, donde si no hay quien pague no se puede gastar menos de un par de pesetas: á más en el tranvía no hay necesidad de la mamá y de la tía postiza ó de la acompañante ó de la criada, porque está admitido que las señoras vayan solas á negocios ó á visitas, lo que no es lo mismo cuando se trata del paseo, del

café ó del teatro; — en fin toda clase de calidades y de personas se mezclan en el tranvía, como se mezcló toda casta de animales en el arca de Noé: y como no hay género alguno de contacto por el cual los seres que se rozan no tomen el uno algo del otro y en cierta manera no se modifiquen mutuamente, hé aquí que el tranvía opera necesariamente un movimiento civilizador, este es el de la asimilación moral y social de las gentes entre sí, elevando la cultura, y suavizando, redondeando y mejorando las maneras; porque es una tendencia natural en el hombre enaltecer su sér real por medio de las apariencias, y asumir todo lo que le parece superior á lo que en sí tiene: cuanto más es determinado el roce de las gentes, tanto más la civilización avanza y se determina; tanto más se llega á la elevación de las maneras, á la distinción; tanto más se determinan los estímulos de todo género; tanto más crece en actividad y en fuerza la fermentación de la masa que precede á toda grande transformación.

No entraréis si os estimáis en algo en un tranvía, como no entraríais en un teatro, con la camisa un tanto ajada, con la barba un sí es no es crecida, con el traje en algún modo desaliñado: por la calle, á pié, sobre la marcha, la exposición respecto á los transeúntes es rápida, mientras que en el tranvía el exámen es minucioso y á veces descarado ó despreciativo, según el carácter ó la educación del que examina: ¡luego ellas, que en una sola ojeada hacen el análisis completo de un caballero desde las suelas de las botas á la copa del chapeo! ¡ellas, á quienes todos queremos parecer bien! Quede, pues, sentado, que el tranvía estimula aún á los más descuidados á esmerarse respecto á su *mise en scène*, en su porte, lo cual es un avance de la civilización y una ventaja para los industriales que se ocupan de vestir y alinear al hombre y á la mujer.

Además de esto el tranvía, acortando las distancias por un acrecimiento de velocidad y por la supresión de la fatiga, no solamente favorece la salud del individuo, sinó que facilita los negocios, los multiplica, los fomenta, viniendo á ser á la vez higiénico y productor.

Los piratas callejeros de uno y otro sexo han ganado con el tranvía lo que solo Dios y el diablo saben; — pero lo que respecta á esto lo dejamos intacto para cuando se nos ocurra escribir una serie de artículos que intitularemos: *Los amores de tranvía*.

La disminución de la distancia por la supresión de la fatiga, facilita y estimula las construcciones urbanas: ya no hay centro: merced al tranvía el centro está en todas partes: en lugares apartados donde el especulador no se hubiera atrevido á levantar una casa no tendrá hoy inconveniente en construirla; los barrios bajos van perdiendo de todo punto su carácter especial; por donde quiera que se prolongue un tranvía se dilata la población, y lentamente los pueblos de la circunferencia serán asumidos, absorbidos por la capital, como ha sucedido en París y en Londres, lo cual desarrollará en grande escala el trabajo y fomentará y creará gran número de industrias, haciendo del tranvía una nueva garantía del orden público, porque donde hay trabajo y por consecuencia pan (y toros) el espíritu de la agitación no encuentra oídos fáciles.

Por lo dicho, y por otras mil razones, que por falta de dimensiones mayores de las que convienen á un artículo de periódico no podemos emitir, el tranvía, importado de los Estados-Unidos en Inglaterra, de Inglaterra en Francia, de Francia en España es un poderoso elemento de civilización, que favorece todas las actividades, que complementa las líneas férreas, sirviendo, dependiente de ellas y entre ellas, los pequeños trayectos; es un elemento que nos congratulamos de poseer ya, y que rápidamente llegará á un gran desarrollo.

Pero está en sus principios y adolece de defectos graves el tranvía en Madrid: faltan las estaciones, donde el público pueda estar al abrigo de la intemperie y tomar los números de orden, si se ha de evitar que en las ocasiones de gran concurrencia se entre brutalmente y al asalto en los carruajes: falta casi de todo punto el buen servicio y completamente la regularidad de la llegada y de la salida á las horas prefijadas: falta con mucha frecuencia la buena manera y la amabilidad en los empleados, y se nota un gran descuido en sus uniformes; sobre

todo es inaceptable la blusa de los conductores y su desaliño: más que sirvientes de tranvía de la capital parecen carreteros: pero, en fin, por algo se principia y debemos satisfacernos con esperar que el Ayuntamiento por su parte y por la suya las empresas harán que el tranvía llegue lo más alto posible en mejoramiento, en su perfección.

MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

MOZART

POEMA DRAMÁTICO DEL GRAN POETA RUSO A. PUCHKINE

ESCENA PRIMERA. — (Un gabinete)

SALIERI

Todos dicen: «No hay justicia sobre la tierra;» pero no hay tampoco más justicia allá arriba. Para mí, esto es tan claro como una simple escala. Yo nací con el amor al arte. Siendo niño, cuando la armonía del órgano resonaba bajo la bóveda de nuestra vieja iglesia, escuchaba y no me cansaba de oír, mientras que dulces lágrimas corrían por mis mejillas. Desde muy temprano rechacé ya las distracciones fútiles; toda ciencia extraña á la música me era antipática, y me alejaba de ella con obstinada repugnancia para dedicarme exclusivamente á la música. En todas las cosas es siempre difícil el primer paso, todo principio de camino es enojoso; y yo, en el mío, tuve que vencer obstáculos que me asaltaron desde el principio. Ponía el oficio por base del arte y me hice artesano. Daba á mis dedos una rapidez seca y obediente, obligaba á mi oído á ser exacto, mataba los acordes y átomizaba la música como un cadáver. Finalmente tomé el álgebra por prueba de la armonía.

Hasta entónces, hasta despues de haber pasado por el crisol de la ciencia, no me atreví á entregarme á la voluptuosidad creadora. Púseme, pues, á crear, pero en el misterio, en el aislamiento, sin permitirme pensar ni aún en la gloria.

Con frecuencia, despues de haber pasado dos ó tres días en una celda silenciosa en que olvidaba el alimento y el sueño, despues de haber gozado los arranques y las lágrimas de la inspiración, quemaba mi trabajo y miraba friamente cómo mi trabajo y los sonidos que acababa de crear desaparecían con el humo.

Pero ¿qué digo? Cuando el gran Gluck apareció y nos reveló nuevos misterios (misterios profundos y encantadores) ¿no arrojé yo todo lo que había sabido ántes, todo lo que había amado, todo lo que había creado con tanto ardor? Y ¿no me decidí á seguirlo y lo seguí sin murmurar, con nuevo aliento como quien hubiera perdido su camino y fuera puesto en dirección por otro viajero?

Con una perseverancia obstinada, con todos los esfuerzos imaginables, alcancé por fin un alto grado en el arte infinito. La gloria vino á sonreírme. Encontré en el corazón de los hombres un eco para mis creaciones; era feliz; gozaba apaciblemente de mis trabajos, de mis triunfos, de mi gloria, como asimismo de los trabajos y triunfos de mis compañeros en el arte eterno. Nunca, jamás conocí la envidia; ni cuando Piccini supo encantar el oído de los salvajes parisienses, ni cuando oí los primeros acentos de la Efigenia. ¿Quién hubiera podido decir que el orgulloso Salieri vendría á ser un miserable envidioso, una serpiente pisoteada, que en su abyección no tiene ya fuerza sinó para morder el polvo? Nadie.

Y sin embargo, yo lo digo, yo; soy un envidioso. Sí, envidio profunda y cruelmente. ¡Oh cielo! ¿dónde está tu justicia, cuando el don sagrado, el genio inmortal no ha venido en recompensa del amor ardiente, de la abnegación, del trabajo, de la paciencia, de las súplicas en fin de un sibarita indolente? ¡Oh! ¡Mozart! ¡Mozart! (*Entra Mozart.*)

MOZART

¡Ah! Me has visto. ¡Y yo que quería sorprenderte, regalarte con una chanza inesperada!

SALIERI

¿Hace mucho tiempo que estás aquí?

MOZART

No hago más que entrar. Venía á enseñarte algunos trozos, cuando al pasar por delante de una taberna, oigo un violín. Mi amigo Salieri, en tu vida has oído cosa más graciosa. Un violinista ciego tocaba en aquella taberna: *Voi che sapete*; ¿Cosa encantadora! No he podido resistir al deseo de traértelo y te traigo al artista para que te regale con su habilidad. Entra, entra. (*Se presenta un ciego, viejo ya, con su violín.*) Vamos, tócanos algo de Mozart.

(El viejo toca una aria de *Don Giovanni*. Mozart se desternilla de risa.)

SALIERI

¿Y puedes reírte!

MOZART

¿Y cómo no te ríes tú también?

SALIERI

No, yo no puedo reírme cuando un pintamonas me diseña una Virgen de Rafael; yo no puedo reírme cuando un miserable coplero insulta al Dante con una parodia. Véte, véte, ciego.

MOZART

Espera, pues. Toma y bebe á mi salud. (*El viejo se retira.*) Hoy no estás de buen humor, Salieri; volveré otro día.

SALIERI

¿Qué me traías?

MOZART

Nada... una bagatela. Esta noche pasada me atormentaba mi insomnio habitual y me ocurrieron dos ó tres ideas... las fijé esta mañana en el papel y quería saber tu opinión. Pero hoy no estás dispuesto á pensar en mí.

SALIERI

¡Ah! ¡Mozart! ¡Mozart! ¿Cuándo no pienso yo en tí? Toma una silla y siéntate: ya te escucho.

MOZART (*Sentándose al piano.*)

Figúrate... en fin, esto: yo, pero un poco más joven... enamorado, no mucho sin embargo... Estoy con una bella joven... ó con un amigo, tú por ejemplo. Estoy alegre... pero de repente, una aparición del sepulcro ó de las tinieblas súbitas... en fin, una cosa de este género... En fin, escucha. (*Ejecuta al piano su inspiración.*)

SALIERI (*Despues de una pausa de silencio.*)

¿Y siendo eso lo que venías á revelarme tienes valor para detenerte en una taberna y traerme á ese ciego. ¡Oh Mozart! eres indigno de tí mismo.

MOZART

¿Cómo! ¿Te ha gustado esto?

SALIERI

¿Qué profundidad! ¿Qué audacia! ¿Qué primor! Mozart, eres un dios y no lo sabes; pero yo lo sé... ¡Oh! lo sé.

MOZART

¡Bah! ¡bah!... En fin, es posible, pero en este momento mi divinidad tiene hambre.

SALIERI

Oye: comamos juntos en el *Leon de oro*.

MOZART

Con mucho gusto: no hubiera deseado nada mejor. Pero dame tiempo solamente para ir á mi casa á advertir á mi mujer que no me espere.

SALIERI

En hora buena. Te espero.

MOZART

No lo olvido. (*Sale.*)

SALIERI

No, no puedo resistir á mi destino... he sido elegido para detenerlo... Á no ser así, estamos todos perdidos, nosotros los sacerdotes de la música, no solamente yo con mi sorda fama. ¿De qué puede servir que Mozart viva todavía y se eleve á nuevas alturas? ¿Elevará por eso el arte?... No, el arte caerá en cuanto Mozart desaparezca sin dejar un heredero. Como un querubín, nos habrá traído algunos cantos del paraíso para volar de nuevo al cielo, despues de haber hecho nacer en nosotros, hijos del polvo, el deseo sin alas. Vuela, vuela, pues... cuanto ántes, mejor.

Hé aquí este veneno, último presente de mi Isaura. Diez y ocho años hace que lo llevo conmigo, y con harta frecuencia, durante este tiempo, me ha parecido la vida una carga insostenible; y con harta frecuencia me he sentido á la misma mesa con un enemigo sin desconfianza. Pero jamás me he dejado llevar de los murmullos de la tentación, aunque no sea un cobarde, aunque sienta profundamente toda ofensa, aunque estime poco la vida. Siempre vacilaba.

Cuando la sed de la muerte me acometía... ¡Morir! exclamaba. Acaso la vida me traiga doncs inesperados; acaso el entusiasmo venga á visitarme; una noche creadora, la inspiración... acaso un nuevo Haydn haga algo grande y yo gozaré con ello...

Ó bien, cuando estaba sentado á la mesa con un convidado aborrecido... Acaso, decía, acaso encuentre un enemigo más mortal todavía; acaso venga á caer sobre mí una ofensa desde una altura más soberbia... En este caso, no te perderías en vano, presente de mi Isaura.

Y tenía razón... Por fin he encontrado al enemigo que no puedo perdonar. Otro distinto de Haydn me ha satisfecho de goces inefables... Último legado del amor, pasa hoy á la copa de la amistad.

ESCENA SEGUNDA. — (*Estancia de una fonda.*) — Hay un piano. — MOZART y SALIERI sentados á la mesa.

SALIERI

Parece que estás hoy de mal humor.

MOZART

¿Yo?... No á fe.

SALIERI

Estoy seguro, amigo mío, de que algun pesar te preocupa. La comida es buena, el vino excelente, y sin embargo no dices una palabra, frunces las cejas.

MOZART

Hablando en verdad, debo decirte que me atormenta mi *Requiem*.

SALIERI

¡Ah! ¿Estás componiendo un *Requiem*?... ¿Desde cuándo?

MOZART

Hace tres semanas... Pero una circunstancia extraña... ¿No te he dicho nada de esto?

SALIERI

No.

MOZART

Escucha. Un día, hace de esto tres semanas, volví tarde á mi casa, y me dijeron que un desconocido había ido á buscarme. No podría decirte por qué, pero estuve toda la noche pensando en quién sería el desconocido y en lo que querría de mí.

El día siguiente volvió el personaje en hora en que yo estaba también ausente de mi casa. El tercer día me encontró por fin. Un señor vestido todo de negro me saludó atentamente, me encarga una misa de *Requiem* y desaparece. Púseme á trabajar sin demora, y desde aquel día no ha vuelto más mi hombre negro. Pero no me quejo de ello, porque difícilmente podría dejar mi trabajo. Por lo demás, mi *Requiem* está casi concluido. Sin embargo...

SALIERI

¿Qué?

MOZART

Me da vergüenza de confesarlo.

SALIERI

Confesar ¿qué?

MOZART

Que mi hombre negro no me deja reposar ni de día ni de noche, persiguiéndome por todas partes como una sombra. Aún ahora mismo creo verlo sentado entre nosotros dos.

SALIERI

¿Qué temor tan pueril! Deja esas aprensiones. Muchas veces me decía Beaumarchais: «Escucha, hermano Salieri, cuando te molesten negros pensamientos, apura una botella de Champaña ó lee el *Casamiento de Figaro*.»

MOZART

¡Ah! sí; Beaumarchais era amigo tuyo. Tú compusiste para él una obra excelente, el *Favare*. Hay en ella un motivo que tarareo yo cuando me siento feliz. ¡Tarare-a-ra!... Á propósito, Salieri, ¿es verdad que Beaumarchais envenenó á alguien?

SALIERI

No lo creo. Beaumarchais era demasiado jovial para eso.

MOZART

Y además un genio, como tú, como yo. El genio y el crimen son cosas incompatibles. ¿No te parece así?

SALIERI

Sin duda. (*Echa el veneno en el vaso de Mozart.*) Sin duda... Pero ¿no bebes?... Bebe.

MOZART

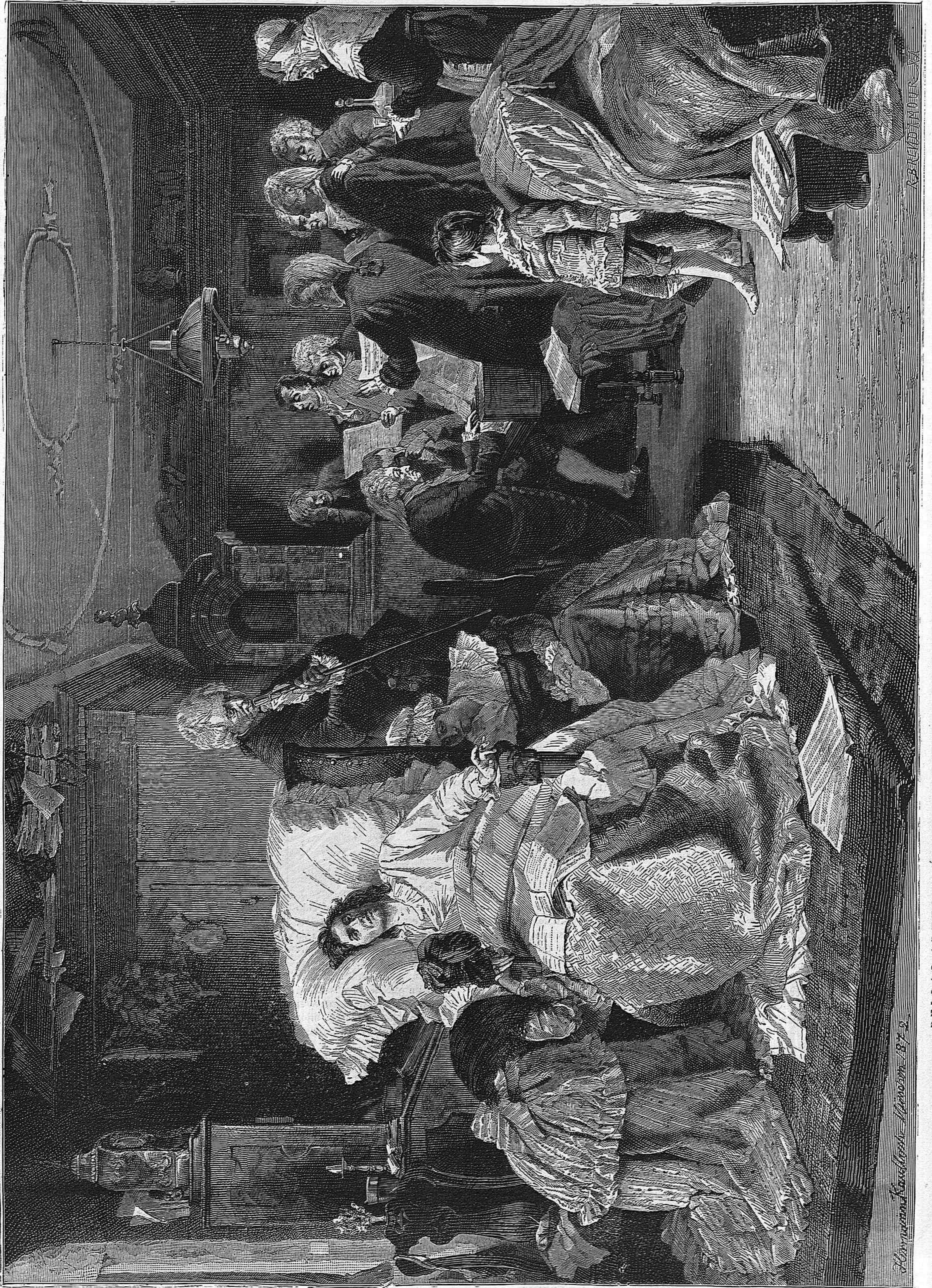
¿Á tu salud, amigo mío! ¿Por el sincero y cordial cariño que une á Salieri y á Mozart, los dos hijos de la armonía! (*Bebe.*)

SALIERI

Detente, detente... has bebido sin mí.

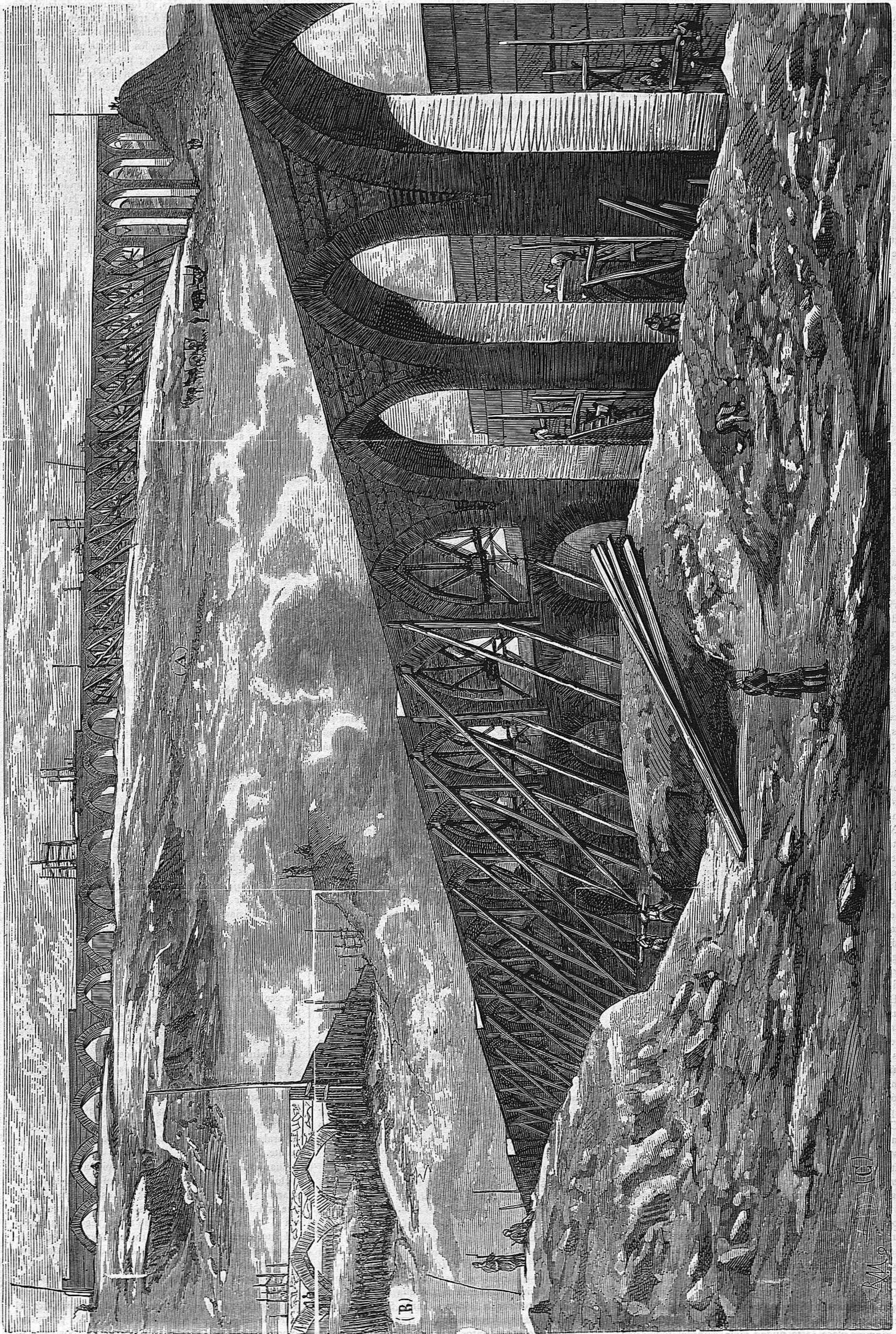
MOZART (*Dejando la servilleta*)

Basta de mesa. (*Va al piano.*) Escucha, Salieri, mi *Requiem*. (*Toca algunos trozos.*) ¿Qué te parece? ¿cómo! ¿Iloras?



BELLAS ARTES — ÚLTIMOS MOMENTOS DE MOZART — COPIA DEL FAMOSO CUADRO DE HERMANN KAULBACH

H. Kaulbach del.



MADRID — OBRAS DE LA CÁRCEL MODELO

Tratado de arquitectura, y de las artes y oficios, y de las ciencias que se relacionan con ellas. Tomo V. Pág. 45.

SALIERI

Es la primera vez que derramo semejantes lágrimas. Esto me hace daño, y sin embargo me es dulce, como si hubiera cumplido un deber penoso, como si un cuchillo saludable me hubiera cortado un miembro enfermo. Amigo Mozart, estas lágrimas... en fin, no hagas caso de ellas. Continúa embriagando mi alma con tus acentos divinos.

MOZART

¡Ah! ¡si todos sintieran así el poder de la música!... Pero no, el mundo no hubiera podido subsistir: nadie se hubiera preocupado de las humildes necesidades de la vida material; todos se hubieran consagrado al arte libre. Pocos somos los escogidos, los afortunados que podemos despreciar el lucro sórdido y ponernos en lágrimas y plegarias ante lo único bello; no es verdad!... Pero no me siento bien hoy... tengo como un peso que me ahoga. Me voy a dormir... Adios.

SALIERI

Adios. (*Sale Mozart.*) ¡Ah! Dormirás por mucho tiempo, Mozart... Pero ¿tiene razón? ¿No soy yo, pues, un genio? El genio y el crimen, ha dicho, son incompatibles. No, no es verdad. ¿Y Miguel Ángel? ¿Y el creador del Vaticano no fué un asesino?

MOVIMIENTO INTELECTUAL

EN LAS PROVINCIAS

(Conclusion)

Bilbao. Pasemos a ocuparnos de algunos libros publicados en la capital de Vizcaya. *Ellos y nosotros*, de Sabino de Goicoechea, es un libro bien escrito, en el que se cuentan con estilo florido y ameno y escogido lenguaje algunos episodios de la primera guerra civil, con gran copia de datos y no pequeña dosis de sentimiento y sencillez. Su autor ha sabido despertar el interés más vivo por las conmovedoras escenas que presenta y el colorido que ha prestado a su relación. Todos los afectos, todas las pasiones que pueden conducir a los hombres a realizar grandes hechos, aun estando afiliados en bandos contrarios, están diestramente pintados, y no es el menor mérito del libro la exactitud de los nombres y lugares, los detalles de los sucesos que suministran preciosas noticias para la historia. La imparcialidad que en todo él se revela le recomienda en todo sentido, y la filosofía que se desprende de sus máximas sensatas, de sus profundas y amargas reflexiones, es sana y consoladora, y prueba el buen sentido moral del autor, como las demás condiciones de la obra prueban su suficiencia y su innegable talento. Se han hecho del libro dos ediciones bastante descuidadas en la parte material, y creemos que han de hacerse otras, porque el libro lo merece y ha sido recibido con general aceptación.

No queremos dejar olvidada la aparición de un nuevo vate vizcaíno, que, cansado de consagrar su númen a la poesía lírica, ha dado a la escena una zarzuelita sin pretensiones, pero llena de vis cómica, de gracia y de soltura. El poeta se llama Ramon Garitagoitia y su producción, *Aventuras de un cesante*. No menos aplausos que el autor del libro merece el compositor de la música, Aureliano Valle, también bilbaíno, que ha salpicado de lindas piezas musicales la zarzuela, siendo dignas de muy especial mención una habanera que arrancó aplausos y unas seguidillas que obligaron a bailar de contento a cuantos las escucharon.

El editor Cristóbal Pérez ha dado a luz el *Calendario Vasco-navarro*. Es trabajo especial, útil y ameno. Contiene, además de las cosas comunes a esta clase de libros, buenos y eruditos estudios literarios, históricos y poéticos. No es esta publicación lo que el mismo editor desearía que fuese, pero por algo se empieza, y nosotros confiamos en que, si el público corresponde, el año próximo adquirirá condiciones que este año ha sido imposible darle.

Con el objeto de entretener útilmente a todo niño, joven ó adulto que, pccyendo cierta instrucción quiera distraerse y gozar de ella, ha comenzado el juicioso escritor Casimiro Jausoro la publicación de unos *Capítulos científico-recreativos*, en prosa y en verso, que recomendamos a los que carezcan de una instrucción fundamental y superior. El propósito es bueno, y los que nos mostramos ardientes propagadores de la instrucción no hemos de negar nuestro aplauso, ni escatimar el apoyo que podamos prestarle al modesto escritor bilbaíno que hace gala de la claridad de su inteligencia y de lo fácilmente comprensible de su explicación.

Guadalajara.—Pocas capitales de provincia habrá en España más insignificantes bajo el punto de vista intelectual que Guadalajara. Sin periódicos ni asociaciones de ninguna clase, esta ciudad vivía completamente refractaria al espíritu moderno, a juzgar por su silenciosa

vida, cuando en feliz momento les ocurrió a los señores Hernández Santa María, Réyes, Atienza, Mayoral, Escriche y Fernández la idea de formar un Ateneo científico, literario y artístico, que pusieron por obra, cayendo en suelo tan fértil la semilla, lo cual honra sobremanera a Guadalajara, que a los pocos días nombróse la Junta de Gobierno, que presidió el ilustradísimo D. José Julio de la Fuente, siendo su Secretario general D. Nicolas Ugarte, verificándose la inauguración el 11 de Marzo, en cuyo acto el Presidente leyó un discurso ática y elegantemente escrito.

Después el Ateneo ha correspondido a las esperanzas de los socios y del público, habiéndose pronunciado interesantes conferencias por los Sres. Clemencin, Benito, San Roman, Réyes Palacios, Delgado, Bruna, Garcia, Fuente, Galiano, Rodríguez, Escriche, Mayoral y Fernández Iparraguire, sobre temas tan diversos como son: Exámen de la prueba en materia criminal; Unidad de la especie humana; Misión histórica que Roma realizó en la antigüedad; Bosquejo físico-histórico de la atmósfera; Origen y formación de la corteza terrestre; Idea de la figura de la tierra y levantamiento de un plano topográfico; Estudio geológico y geográfico de la cordillera pirenaica; Exámen histórico-crítico del sistema tributario en España; Influencia que han ejercido los matrimonios reales en los destinos del pueblo español; Sistema más ventajoso para el reemplazo del ejército; El positivismo como sistema que realiza la idea del progreso; Teoría general de los vientos; Teoría mecánica de la luz; Clasificación de la ciencia; Efectos del calor central; Concepto de la historia y criterio con que se ha juzgado en diversas épocas; Estudios prehistóricos. También ha celebrado veladas ó tertulias en las que se ha discutido tranquilamente y se han abierto certámenes sobre muchos é interesantes asuntos; y, lo que es más importante, porque ello prueba la exuberante vida de que goza, ha creado una revista órgano de la sociedad, tan bien redactada como hermosamente impresa, por todo lo cual son dignos del mayor aplauso el presidente y el secretario Sres. Réyes y Mayoral.

La provincia de Logroño, ó descripción de todos los pueblos que la componen. El Sr. D. Tiburcio Martínez Aleson ha publicado un curioso libro con este título, en el que, como el mismo indica, se ocupa detenidamente de esta provincia, no tan conocida como fuera de desear; cuyo libro es un compendio curioso y agradable de todo lo notable que en ella se encierra y lo que deben conocer cuantos a esta clase de estudios se dedican.

Escrito en estilo fácil y lleno de interés y atractivo, merece ser leído, tanto por los datos y noticias que en él se contienen, como por la utilidad diaria que ha de prestar de seguro a los que quieran dejarse guiar por sus indicaciones.

Lorca.—Con ser el Ateneo de Lorca uno de los más antiguos de España, pocas sesiones recordará con más placer que la celebrada últimamente en honor de uno de sus hijos más ilustres. La solemnidad tuvo su parte musical admirablemente desempeñada, pero nosotros hemos de ocuparnos únicamente de la literaria. La sesión se abrió con un breve discurso del Sr. D. José María Campoy, escuchado con unánime placer, ocupando inmediatamente la tribuna el Sr. D. Joaquín Gimeno, que, con una facilidad de palabra pasmosa, no tanto sin embargo como su abundancia de imágenes brillantes y de conceptos elevados, desarrolló el amor patrio con tal tino y entusiasmo, que arrancó vivos aplausos en el auditorio. Completó el acto un discurso eminentemente literario del Sr. Gayón, y unas inspiradas poesías de los Sres. Barberan, López y Gisbert, que fué el obsequiado por sus paisanos.

Barcelona.—Un hombre de verdadero talento; un periodista de gran renombre y con reputación sólida y nunca mejor alcanzada; un escritor de estilo nervioso y dominante, cuyos ataques son contundentes y las contestaciones abrumadoras, irrefutables, ha emprendido la publicación de una curiosísima obra, cuyas condiciones materiales son elegantes y hermosas. Este trabajo del Sr. D. Juan Mañé y Flaquer, que este es el nombre del insigne catalanista, se titula *El Oasis, viaje al país de los fueros*, y será ilustrado con bellos dibujos por distinguidos artistas españoles y extranjeros. Hoy no debemos decir más.

FERMIN HERRAN.

ÓPERA ITALIANA

BELLINI

III

(Conclusion)

Los artistas distinguidos, los que forman en primera línea, tienen siempre segura la cosecha de aplausos y dinero en los teatros de Londres, París, San Petersburgo y Viena, que suelen contar con tres, cuatro, ó seis primas donnas, otros tantos tenores, é igual número de barítonos y de bajos. Para ellos de nada sirven los

periódicos subvencionados, ni los esfuerzos de la *claque* cuando forja reputaciones ó trata inútilmente de destruir las justamente adquiridas. Como son los que forman la aristocracia del arte, les importa poco el género de música que esté de moda; porque todo lo cantan bien, todo lo expresan mejor, y en todo brilla su talento.

Sin embargo, las empresas de Barcelona, que siempre se desviven para presentar en uno de los mejores teatros del mundo los mejores cantantes que se conocen, no dejan de proporcionar al público la satisfacción de oír á alguno de ellos, como ha sucedido ya y viene sucediendo en la presente temporada. Si no se puede á fuerza de sacrificios alcanzar este bello ideal con más frecuencia, es porque aquellos teatros contando con más elementos, absorben á fuerza de dinero á las primeras notabilidades. Allí la entrada al espectáculo lírico es doble ó triple de lo que se paga aquí: circunstancia que es menester no perder de vista.

Volvamos á tratar del objeto que nos ocupa. Nosotros no somos apasionados exclusivamente de la música italiana, alemana, francesa, árabe, ni turca: somos sí, amantes de la música buena, sea cual fuere la escuela á que pertenezca.

Weber escribió su <i>Freyshutz</i>	en 1821
Auber, <i>La Mutta</i>	en 1828
Rossini, <i>Guglielmo Tell</i>	en 1829
Bellini, <i>La Sonnambula</i>	en 1831
Meyerbeer, <i>Roberto</i>	en 1831
Donizetti, <i>La Lucia</i>	en 1835
Paccini, <i>La Saffo</i>	en 1842
Verdi, <i>I Lombardi</i>	en 1843

¡Cuánta sublimidad de conceptos en tan distintos géneros!

Apurados estaríamos si se tratase de contestar cuál de estas grandes concepciones es la mejor: todas ellas relativamente son de primer orden; en todas se halla el sello del genio, en todas resplandece la inspiración y los conocimientos artísticos de los que trazaron aquellas notas. Si hemos salido en defensa de la música italiana, es porque no falta quien (desconociendo que ella es la que ha dado origen á la música dramática y desarrollado el gusto para el canto declamado) no pierde ocasión de zaherir la memoria de Bellini, de Bellini, cuya fama universal é imperecedera se halla consignada en sus inmortales obras.

También estuvo de moda hace veinticinco años, deprimir á Verdi, que en su aparición dió al mundo musical las óperas *Nabuco*, *Hernani*, *Lombardi*, *Foscari*, etc., para venir á sorprendernos con su *Aida* en 1871, con su *Requiem* en 1874. En aquel temporal de imprecaciones, figuraba Mr. Fetis, que le dedicó un virulento artículo capaz de desanimar á otro que no contase como Verdi, con la fuerza que da la inspiración á los que de ella hacen alarde. Entonces estaba de moda deprimir á Verdi, como hoy lo está llamarse apasionado de la *música del porvenir*, y calificar de música callejera la del sublime Bellini que todos los periódicos en todos los idiomas conocidos, han llamado el ángel de la melodía. De seguro que hoy no escribiría Fetis aquel artículo, que más que crítico, pudiera llamarse apasionado.

Se puede asegurar que ningún maestro ha llegado al grado de perfección de Meyerbeer. El que como él presenta una escena tan grandiosa y magistralmente escrita como la *Conjuración católica* en la ópera los *Hugonotes*, parece haber saciado al público más exigente. El frenético entusiasmo con que es acogida tan soberbia pieza, parece decir *no hay más allá*. Sin embargo, á esta grande escena sigue el duo de Valentina y Raoul, que el público oye con igual atención, que el público aplaude con igual entusiasmo si cuenta con intérpretes como la Sra. Fossa y el Sr. Stagno. El maestro que esto consigue merece ser citado como un genio singular; pues el interés dramático, la melodía, la instrumentación y cuantos secretos encierra el arte, puestos en juego con admirable acierto, obligan al espectador á pagar de nuevo el tributo de su admiración al gran Meyerbeer.

La música es el sentimiento de la vida expresado por sonidos análogos á los diversos afectos que mueven nuestro corazón: éstos sólo pueden manifestarse por la melodía, que no se aprende, pero que se siente. Faltar á esta cualidad tratándose de música, es contrariar á la naturaleza; y á la naturaleza no se la contraria impunemente.

Cuando en la música falta la inspiración, carece de melodía y sobran los efectos de la armonía: entonces es cuando se oye con indiferencia; que es el mayor castigo que está destinado á los autores de ella, cualquiera que sea el grado de perfección que tenga según las reglas del arte. Beethoven, que era un verdadero genio, inadvertidamente formaba, con una serie de armonías, una melodía tan imponente como agradable. Sus composiciones llevan el sello de la inspiración, que nunca le abandonaba; y si bien su estilo era siempre grandioso, nunca dejaba de ser elegante, expresivo y filosófico, al extremo de adivinarse la idea que se había propuesto expresar al escribir un trozo de música: por esto su nombre resplandece en primera línea entre tantos como

la historia nos recuerda; por esto los mejores maestros de las diversas escuelas conocidas le rinden culto, y tomándolo por modelo, procuran, cuanto pueden, imitarle.

Concluuyamos.

La música dramática ha llegado á su apogeo: la pintura decorativa, la coreografía, y cuantos elementos contribuyen á presentar los espectáculos líricos con toda esplendidez, se han puesto en juego para atraer á los espectadores. Al favor de tantos y tan bien combinados elementos, sólo se sostienen las colosales obras del gran Meyerbeer y una que otra de los demas maestros, por la dificultad de hallar buenos cantantes que las interpreten con propiedad y buen gusto: entre ellas ocupa un lugar de preferencia el *Faust* de Gounod que, participando de todas las escuelas, cautiva con sus suaves y bellísimas melodías recordando á Bellini y Donizetti; y con sus bien combinadas armonías y riqueza de instrumentación, á las colosales composiciones de Meyerbeer. Venga enhorabuena la *música del porvenir*, si su poder alcanza á ir más allá de lo bueno que hoy se conoce; pero no se deprima el mérito de los que con su inspiración y su talento, crearon la música dramática y echaron los cimientos del templo del arte para que llegase con el tiempo al grado de perfección en que hoy le vemos.

A. FÁJAS Y FERRER.

EL GATO DE WITTINGDON

TRADICIÓN INGLESA

Obra escultural del siglo xv, sobre la puerta de la cárcel de Londres, véase hace algunos años un bajo-relieve representando, aunque no con gran perfección, las figuras de un corpulento lord y de un enorme gato.

Hemos dicho que se veía hace algunos años, porque desgastada lentamente la escultura por la destructora acción del tiempo, apenas es hoy día indicio de lo que fué, ni de sus confusas figuras, las cuales, si bien han podido ser borradas de las piedras, no lo han sido en cambio de la memoria tenaz del pueblo de Londres.

La tradición es más duradera que el mármol; y las que en la corroída piedra no, viven aún en la memoria de Inglaterra, cuyo acendrado patriotismo las vivifica, y si se nos permite la expresión, resucita y vuelve á la vida entre las alegres notas de una de sus canciones populares, consagrada tanto al animal como al hombre; tanto al individuo de la raza felina, como al noble vástago de la familia de los Wittingdon.

El pueblo es eminentemente justo, y al consagrar un recuerdo al opulento lord que dotó á Londres con algunos de sus mejores establecimientos públicos, no ha olvidado su gato, al cual, según la fama, debió Ricardo Wittingdon el origen de su fortuna, y no extrañen nuestros lectores que un gato pudiera ser en el siglo xv origen de la fortuna de un hombre, puesto que un alfiler de esos que cuestan á dos cuartos el ciento, ha sido en el explotado siglo xix causa y principio de la fortuna de un gran banquero francés.

Las pequeñas causas pueden producir y producen á veces grandes efectos, dígalo sinó Heron de Alejandría, puesto que sin la hoja seca que le sugirió la idea de la fuerza motriz del vapor, ni la industria tendría las grandes y poderosas máquinas que hoy tiene, ni el gigante grito del pulmón de hierro de la audaz locomotora resonaría potente en nuestros campos y en nuestras ciudades.

Y sin embargo, una hoja seca, una misera hoja seca caída casualmente sobre la tapadera de una marmitta fué la que podemos llamar causa ocasional de los ferrocarriles, puesto que sin ella, sin la evaporación del agua que hervía, sin los movimientos que el vapor imprimió á aquella bienhechora hoja, ni Heron de Alejandría hubiera quizás comprendido la fuerza del vapor, ni otros sabios hubieran podido, por consiguiente, aplicar á la industria la poderosa fuerza motriz, base y causa del creciente desarrollo de la maquinaria moderna.

La oscilación de la lámpara de un templo sirvió para dar á un sabio idea de la gravitación universal; el deseo de apagar el calor en el baño hizo que Arquímedes llegara á conocer el peso específico de los cuerpos, entregando al par á la ciencia su famoso principio; principio en el cual descansa la navegación hoy conocida, siendo quizás la base sobre la cual se alzará tal vez mañana la navegación aérea.

El gigante fruto vive y se encierra en la microscópica semilla y el inconmensurable pensamiento humano en la limitada y estrecha extensión del cerebro, dado lo cual y si *licet magna cun parvis componere*, no deben extrañar nuestros lectores que una gran fortuna y una elevada posición puedan ser debidos á un miserable gato.

CONVENIO DEL ESPÍRITU SANTO II

Á fines del siglo xiv, William Wittingdon, caballero del condado de Lancaster, arruinado en las guerras de Eduardo III, murió recomendando á la generosidad de sus parientes y amigos á su único hijo Eduardo.

Herencias donde todo es carga se aceptan generalmente á beneficio de inventario; y los parientes y amigos del difunto Wittingdon recibieron, ó por mejor decir tomaron á beneficio de inventario, en la acepción vulgar de esta frase, la herencia del buen Williams, razón por la cual, su hijo, solo y sin protección, con más hambre que esperanzas y en pos de mejor fortuna, hubo de emprender, *pedibus* andando, el camino de la ya entonces muy rica y comercial ciudad de Londres.

Llegado que hubo á la capital de Inglaterra y despues de comer y dormir tres días, dónde, cuándo y cómo Dios le dió á entender, nuestro jóven se disponía á pasar tranquilamente la noche del cuarto en el umbral de una puerta, cuando héte que la vieja cocinera de la casa, vieja había de ser para ser buena, asomándose á una ventana que sobre la puerta se veía amenazó á Ricardo seriamente, ofreciéndole si no abandonaba el campo verter sobre su descubierta cabeza una olla de agua hirviendo.

—No hagáis tal, por Dios, dijo asustado el muchacho; no hagáis tal, porque áun cuando estoy acostumbrado á la lluvia del cielo, no lo estoy á la de las cocinas y ménos al agua hirviendo.

Hizo la buena suerte de Ricardo que su humorística respuesta fuera oída por el dueño de la casa, el cual, mediando entre la cocinera y el chico, libró á éste de un percance, y no solamente le libró del riesgo, sinó que le regaló ademas, dándole por aquella noche cena y cama y admitiéndole al día siguiente á su servicio.

Como el más humilde sirviente, pues, y padeciendo, por tanto, bajo el poder de la vieja cocinera en particular, y de los amos, dependientes y demas criados de la casa, en general, Ricardo Wittingdon, más tarde lord corregidor de Londres y futuro yerno de Fitzwaren, (así se llamaba el rico comerciante que le acogió en su casa) vivió en ella feliz durante algunos años, y decimos feliz, porque todo es relativo en este mundo, y nuestro héroe, a pesar de la vieja cocinera y de las numerosas y enormes ratas que poblaban el desvan donde dormía, esperaba tiempos mejores y la esperanza es de las tres virtudes teologales la que da más encantos á la vida.

El amor ademas le halagaba y fortalecía, pues sin darse cuenta de ello, sin sospecharlo quizás, Ricardo comenzaba á adorar á la que, empezando por ser su señorita, como hija de Fitzwaren, acabó por ser más tarde su esposa.

Fortalecido al par por el amor y la esperanza, nuestro futuro lord sobrelevaba con paciencia las iras de la iracunda cocinera, los regaños del viejo dependiente que le enseñaba á leer y escribir, las sinrazones de los demas criados y sobre todo el miedo supino que le inspiraban las ratas y ratones de su desvan, plaga de la cual logró al fin verse libre, gracias á su señorita la que, dándole cierto día un *chelling*, que Ricardo empleó en un gato, no solamente le dió el medio de librarse de sus enemigos, y la tranquilidad por ende; sinó tambien y ademas el comienzo y principio de su grandeza futura.

Una chispa basta para producir un incendio, y, como dice uno de nuestros refranes, principio quieren las cosas.

Al poco tiempo de encontrarse Ricardo en posesión de su gato y merced á él tranquilo y libre de enemigos en su territorio-habitación, Fitzwaren reunió á sus servidores, porque habiendo fletado un buque para países lejanos, quería, según antigua costumbre, que todos y cada uno de los dependientes de su casa entregaran al capitán del barco esa pequeña parte del cargamento que se llama *pacotilla*.

Quien más, quien ménos, quien esto, quien lo otro, todos los de la casa entregaron sus respectivas *pacotillas*, y Ricardo, estimulado por el ejemplo general y no teniendo otra cosa que entregar, entregó por fin su gato, si bien prefirió á desprenderse de toda su fortuna, el navegar junto con ella, entregando al par vida y hacienda á los caprichos del inconstante Eolo y del movable Neptuno.

Antes que una ciencia especial lo dijera, sabía todo el mundo qué valor es la relación entre dos servicios cambiados ó cambiables, y sin ser Bastiat ni Shmit y á pesar de las risas de sus dependientes, Fitzwaren reputó buena la *pacotilla* de Ricardo y hasta le permitió embarcarse juntamente con ella, pensando, y no sin razón, que un gato puede ser una gran fuente de riqueza y áun valer millones, sobre todo en un país donde ademas de haber muchos ratones no se conocen absolutamente los medios de destruirlos.

La oferta y la demanda, ó sean la escasez y la necesidad, determinan hoy día el valor de las cosas, bien es verdad que lo mismo lo determinaban antaño cuando la economía política, sublime ciencia que para nada sirve, no había áun resuelto sus importantes cuestiones.

Reputada como buena la *pacotilla* de Ricardo, mercader y mercancía fueron al par embarcados, llegando al fin á una isla, donde por aquel entonces se hacían cambios muy ventajosos, pues sus habitantes tomaban los productos europeos á cambio de oro en polvo.

El jefe de las tribus que poblaban la isla salió á recibir el buque, el cual, á pesar de la benévola acogida que dispensó á su tripulación, no permitió sin embargo, aclarar sinó á una considerable distancia de la costa.

¿Por qué esto?

Un buque europeo había aclimatado en aquel país virgen una plaga horrible, las ratas; y de aquí la prohibición por miedo á otra calamidad semejante en sus efectos, y de aquí tambien que el jefe de las tribus al saber la aplicación y utilidad del gato tratara de hacer suya á cualquier precio la *pacotilla* de Ricardo, que éste se negó á vender, si bien se brindó á alquilar, mediante el pago de una pequeña cantidad de polvos de oro por cada rata ó raton que el gato destruyera.

Hecho el convenio, tan buena maña se dió el animalito, que la isla quedó en poco tiempo limpia de *polvo* y ratas, dando Wittingdon, su dueño, la vuelta á Londres, donde pasados algunos años, y despues de haber sido socio de Fitzwaren, pasó al fin á ser su yerno.

En el mismo año de sus bodas (1360) Ricardo Wittingdon fué nombrado *schérif* de Londres y al siguiente lord corregidor.

Poco despues, y en calidad de primer magistrado de la ciudad, Ricardo, que entró en ella pobre y desvalido, dió un gran banquete al rey Enrique V, que tornaba vencedor á la capital de su reino, regalándole al final de él y como por vía de postres una crecida cantidad que el rico banquero había prestado al rey para los gastos de la guerra.

Agradecido Enrique V ennobleció al comerciante, y desde entonces en el escudo de armas de los Wittingdon figura el gato origen de la fortuna de Ricardo.

III

Esto cuenta la tradición; pero ¿es esto absolutamente cierto, y cierto en todas sus partes?

Lo ignoro á decir verdad, pero *si non e vero, e ben trovato*, como dicen los italianos, y lo que yo puedo asegurar á mis lectores es que una popular canción inglesa así lo dice, y que, obra escultural del siglo xv, se ve aún sobre la puerta de la cárcel de Londres un bajo-relieve en el cual, aunque medio borradas ya, se perciben todavía las históricas figuras de un corpulento lord y de un enorme gato.

JOSÉ MARIANO VALLEJO.

Á C.

Has engañado un corazón sencillo,
Que en tí cifraba todo su consuelo;
Me has dado de tu fe, mentido anillo;
Y me has cercado de funesto duelo.

De tu virtud el deslumbrante brillo,
Fué mentira tambien como tu anhelo,
Y fué tu amor mortífero cuchillo,
Con que mataste mi infeliz desvelo.

Me has robado la paz y la esperanza;
Me has quitado la dicha y la alegría:
¡Pobre de mí! no espero ya mudanza,
Sinó en la tumba solitaria y fría.

JOSÉ GÜELL Y RENTÉ.

EMMA WIZJAK

Descendiente de una familia ilustre, la señorita Emma Wizjak nació en Agram (Croacia) en 1850, siendo su padre consejero de Hacienda en el imperio de Austria.

Aprendió las primeras nociones de música con el maestro Lichteneger, profesor del Conservatorio de Agram, y sus rápidos progresos hicieron concebir tan halagüeñas esperanzas, que hubo de decidirse su familia, por consejo tambien del maestro, á enviarla al Conservatorio de Praga á seguir sus estudios, bajo la dirección del célebre Gordigiani.

Despues de tres años de canto en este Conservatorio, donde no desmintió las esperanzas concebidas, pasó á acabar sus estudios á Milan, en la escuela del maestro Bona, que tan provecas y admirables sacerdotisas ha consagrado para el arte y la inmortalidad, y á la edad de 17 años debutaba Emma en Milan con la ópera *Jon* del maestro Petrella.

El éxito de su estreno fué tan satisfactorio y ruidoso, que luégo al punto fué contratada para Londres, en cuyo teatro cantó dos años, y sucesivamente despues en

los principales teatros de Europa y aún del mundo, como que despues de haber cantado en el Apolo de Roma cuatro veces, en la Scala de Milan dos, y otras dos en el Real de Madrid, y en Venecia y Turin y Varsovia y Odesa y Petersburgo y Moscou, fué contratada para la Habana, Buenos-Aires y Rio Janeiro, cuyos teatros se la disputaron á porfía.

Confiando en las extraordinarias facultades de Emma, ya consagradas por sus triunfos, el maestro Petrella escribió para ella *I promessi sposi*, que ejecutó en la misma patria del protagonista, y el *Manfredo*, que estrenó en Roma; el maestro Libani le dedicó su ópera *Il Conte verde*, estrenado tambien en el Apolo romano; el maestro Apolloni, el *Gustavo Wasa*, estrenado en Trieste, y el maestro Gomez, el *Salvator Rosa*, que tan ruidoso éxito tuvo en la Scala de Milan.

Tal es á grandes rasgos la historia artística de Emma Wizjak, quien del Liceo de Barcelona ha pasado al teatro de Bukarest á recoger nuevos aplausos y gloriosos lauros.

EL TIGRE DOMÉSTICO

Felis catus.

El gato, reduccion del tigre, es de los animales que inspiraron al hombre de las primeras edades los cantos y las leyendas más hiperbólicas, las ceremonias más extrañas y hasta los ritos de ya olvidadas religiones.

De Egipto vienen momias gatunas y estatuas sepulcrales, donde el perfil del gato se destaca como el de una esfinge, las sinuosidades del reptil y las divagaciones teológicas del país de los Faraones.

En la Edad Media toma caracteres diabólicos ante la supersticiosa imaginacion de doctores, brujas y hechiceros: la hoguera purificadora quemó centenares de gatos en la noche de San Juan, con acompañamiento de híbridas salmodias, reminiscencia de las prácticas de la magia antigua y del fanatismo nuevo.

Aunque no muy amigo del hombre, muchos grandes hombres han hecho amistad con el gato. Mahoma cortó una manga de su traje para no despertar á su gato Muezza: Chateaubriand, Víctor Hugo, Montaigne, Edgard-Poe, El Tasso, Petrarca, Lope de Vega, autor de la *Gatomaquia*, Richelieu, Colbert, Méry, Hoffman, Rousseau, Hok-Sai, Barrère, y otros muchos le han dado celebridad en sus escritos, haciendo conocer que en el gato hay un *no sé qué* que impresiona siempre las grandes inteligencias.

Sabido es que la casa de Víctor Hugo forma un verdadero museo: allí armas, muebles, cuadros, preciosidades de todo género tienen cabida: los ríos de oro que sus obras le han valido sirven para prodigar los consuelos á infinitos desgraciados, á preservar de la ruina monumentos históricos, proteger á los talentos desconocidos y atestar la casa del poeta de cuanto precioso produjeron la naturaleza y el hombre: en el centro de un gran salon que sirve para recepciones, se eleva un alto sitial gótico del más exquisito trabajo cobijado por un dosel riquísimo procedente de un viejo castillo señorial: sobre ese sillón, como un rey en su trono, descansa un gato magnífico, bien conocido de los amigos de su dueño; ese gato hizo decir al gran poeta la frase que ha quedado como timbre nobiliario del felino: «Dios hizo al gato para dar al hombre el placer de acariciar al tigre.»

Un célebre escritor de la vecina Francia, muy conocido por sus eruditas obras de historia cerámica, por su curiosa historia de la caricatura y varias novelas muy vivas y naturales, Mr. Champfleury, tuvo la abnegacion de publicar, á riesgo de no ser leído, una obra sobre los gatos: descripción, filosofía, arte, ciencia, anécdota y hasta legislación aplicable al gato hallan cabida en las páginas de ese libro que no se puede leer sinó de cabo á rabo: allí se demuestra, con victoriosas razones, la utilidad de primer orden de ese curioso felino, y se pintan sus caracteres bosquejados con la gracia francesa y la profundidad alemana; sus vicisitudes, sus luchas y sus desastres.

Tener al tigre en casa y no temerle: convertir á una fiera en adorno y guarda de los preciosos granos de la tierra, ver á todas horas la libertad personificada, las luchas homéricas reproducidas, los seductores idilios de la infancia y la juventud representados á nuestro alrededor, y todo esto sin más que tomarse el trabajo de observarlo!

En el mundo hay tambien hombres que alborotan, ocupan gran espacio, llaman la atencion, y se agitan como si la vida fués para ellos una perpetua cacería: otros se mueven en silencio: á la manera de astutos cenobitas obran y callan, no emprenden tarea cuyo resultado no sea seguro, y poco á poco, insensiblemente, con una paciente continuidad, llegan al logro de sus esperanzas. Esos son Perros y Gatos y el mundo está lleno de ellos.

CONVENTO DEL ESPÍRITU SANTO

El convento de clérigos menores del Espíritu Santo fué fundado por el caballero modenés Jácome de Gracia en la calle que lleva su nombre, y trasladado despues á la carrera de San Gerónimo y sitio que ocuparon las casas del marques de Tábara, terminándose su construcción en 1684.

Era un edificio de poco gusto artístico, como obra de aquella arquitectura del siglo XVII que nos ha dejado tantos y tan pobres conventos. En 1823 quedó casi destruido á consecuencia de un violento incendio, que estalló estando oyendo misa el duque de Angulema, que había venido á España con los cien mil hijos de San Luis, suceso que se atribuyó á una conspiracion sobre la cual nada pudo descubrirse. Los frailes se refugiaron en Porta-Cœli, quedando abandonado el edificio.

El 24 de Julio de 1834, al convocarse las Cortes generales del reino, fué elegido este edificio para su reunion: se le habilitó convenientemente modificando su ingreso y transformando el templo en salon de sesiones, segun nuestra costumbre de aprovechar para todo los conventos y las iglesias. Allí estuvieron las Cortes hasta el año 1841 en que se trasladaron al Teatro Real, desde donde pasaron en 1850 al nuevo edificio levantado sobre el solar del convento del Espíritu Santo, cuya primera piedra había puesto la reina Isabel II el 10 de Octubre de 1843.

El grabado que publicamos es una copia del convento en la época en que sirvió para la reunion del Estamento de procuradores.

PRESENTACION

DE MOZART, NIÑO, EN LA CÔRTE DE AUSTRIA

CUADRO DE ENDER

ÚLTIMOS MOMENTOS DE MOZART

CUADRO DE KAULBACH

El hombre que lleva impreso en su frente el ósculo del genio, cuyo calor templó su alma para realizar los grandes hechos de su alto destino, se ha distinguido siempre y siempre se distingue por una precocidad asombrosa. Mozart á los tres años aprendía música, á los ocho era compositor, á los doce era un maestro, pues á tan tierna edad compuso su primera ópera. La fama, con ser la mensajera de todos los prodigios, asombrada ante éste, llevó rápida y ruidosamente el nombre del extraordinario niño á todas las capitales de Europa, y todos los soberanos se mostraron solícitos de conocer al genio de la música encarnado en un niño. Mozart visitó entonces varias córtes, y una de ellas la de Austria, donde fué dignamente recibido y admirado. Este es el asunto del precioso cuadro de Ender, en que no se sabe qué vale más, si la composicion ó el dibujo, como puede verse en la copia que ofrecemos en las páginas 40 y 41.

Mozart fué indudablemente el creador de la música dramática, que perfeccionaron luego sus admiradores Bellini, Donizetti, Rossini, Herold, Meyerbeer, Paccini, Mercadante, etc.

Sin embargo, obras maestras fueron cuantas compuso Mozart, y entre ellas merecen especial y honorífica mencion sus óperas *Don Juan*, *Clemencin*, *La flauta mágica*, las *Bodas de Figaro*, *Así hacen todas*.

Su *Requiem* ó misa de difuntos es tambien en su género una gran obra de arte. Encargóle esta pieza el conde de Wallseg, y él aceptó el encargo con ánimo de cumplirlo; pero una supersticion, ó acaso una intuicion ó presentimiento de su mismo genio, hubo de hacerle creer que aquel *clamor de profundis* había de ser su último canto, el canto de su muerte. Lo cierto es que enfermó componiéndolo y que murió ántes de haberlo acabado. Sussmayer, maestro de capilla en Viena, íntimo de Mozart, concluyó el famoso *Requiem*, despues de muerto el maestro, cuyas instrucciones recibió en su última hora como un testamento sagrado. En esta hora suprema, Mozart, que se debía al arte, quiso ensayar su *Requiem* ántes de morir, ó quizas para morir cantándolo. Y este es el momento que elige el pintor Kaulbach para la gran creacion artística de su bellissimo cuadro, del que es copia el grabado de la página 44. Así debía morir Mozart, como el cisne, cantando, y al calor de la amistad y del amor. Y así murió históricamente; pero la poesia lo hace víctima de la envidia y lo mata con veneno: tal es el asunto del poema de Puchkine.

Mozart nació en Salzburgo el 27 de Enero de 1756, y murió el 5 de Diciembre de 1791, á los 36 años de edad.

OBRAS DE LA CÁRCEL MODELO

La capital de España no tenía hasta hace algunos años apenas un sólo edificio adecuado á su objeto. Si se exceptúa el glorioso y artístico reinado de Carlos III, que nos dió la Aduana, el Museo de Pinturas y otras construcciones notables, en todos los demas reinados no se habían erigido más que conventos, que, abandonados á la expulsion de los frailes, se han convertido en oficinas y establecimientos públicos.

Pero tal vez en nada estábamos peor que en materia de cárceles. Había antiguamente en Madrid dos de estos lúgubres recintos; el uno llamado la Cárcel de la Villa, que fué desocupado en 1834, con motivo de haberse declarado el cólera, y otro el titulado Cárcel de Côte, unido á lo que fué palacio de la Audiencia y hoy es ministerio de Ultramar en la plaza de Santa Cruz.

La falta de todo género de condiciones en este último hizo desalojarle tambien, convirtiéndose en cárcel el edificio conocido con el nombre del Saladero, á causa de haber servido para casa matadero y de salazon de carnes.

Tampoco este edificio tiene condicion alguna para tal objeto; y siendo urgentísima la construcción de uno nuevo, se decidió erigirle en los terrenos situados entre la Moncloa y el paseo de Areneros, contribuyendo á ello el Gobierno, la Diputacion provincial y el Ayuntamiento. Las obras, que exigian grandes desmontes y terraplenes, por ser el terreno muy desigual, comenzaron con gran actividad; y, con la ayuda de los presidiarios, van adelantando rápidamente.

El estudio y explicacion del proyecto merecen artículo aparte: hoy nos limitamos á publicar el grabado que representa el estado de las obras, que es fácil comprender con la sencilla explicacion que lleva al pié.

LIBROS

RECIBIDOS EN ESTA REDACCION

EL ATENEO DE MADRID, *sus origenes, desenvolvimiento, representacion y porvenir*, por Rafael M. de Labra.

El nombre del Sr. de Labra y la reputacion que muy justamente disfruta así en España como en el extranjero, son garantía de lo mucho que vale este libro, que no vacilamos en recomendar á las personas de buen gusto, y en particular á los que siguen con el interes que se merece el notable progreso intelectual de nuestro país.

Un tomo en 8.º, Madrid, -1879.—Imprenta de Aurelio J. Alaría.

Hemos recibido un ejemplar de la novela titulada *UNA AUTORIDAD MODELO. Historia de un gobernador de orden*, por A. Z.; libro que es el segundo de la colección de novelas políticas que han empezado á publicarse en Barcelona por el impresor D. Pedro Casanovas, calle de Santa Mónica, número 2. El hecho de estar próximo á agotarse la primera edicion, aunque ha salido á luz hace pocos días, demuestra que hay muchos aficionados á esa clase de obras. UNA AUTORIDAD MODELO se halla escrita con exageracion verdaderamente novelesca, pero hay en ella interes, gracia y conocimiento de los hombres y de las cosas.

Se vende al precio de 8 reales en dicho centro y en las principales librerías.

La importancia mercantil de Barcelona, centro industrial de España y primer puerto español del Mediterráneo, y el prodigioso desarrollo de su ensanche, obligan á pensar seriamente en la reforma de la parte antigua de la capital de Cataluña, falta de las grandes vías que reclama su tráfico, sobrada de callejones en los cuales circula difícilmente el aire, escasa de aguas, dotada de un pésimo sistema de cloacas y reuniendo todas las condiciones cuya desaparicion prescribe la higiene pública.

El Sr. D. Domingo Call y Franquesa, abogado, ex-alcalde y diputado provincial, publicó en el *Diario de Barcelona* una serie de artículos relativos á las mejoras que necesita el viejo recinto de la ciudad; escritos tan notables, que el Ayuntamiento acordó recopilarlos é imprimirlos por su cuenta.

Forman un libro de 150 páginas (1), y proponen como de imprescindible necesidad y preferente realizacion las obras siguientes: Desvío de afluentes del llano de Barcelona.—Apertura de la calle de Bilbao y demas vías de reforma.—Plaza de Cataluña.—Abastecimiento de aguas potables.

Estos puntos constituyen la primera sección del plan del Sr. Call, quien en otros cuatro, que no ha publicado todavía, comprende las cuestiones de mercados, hospitales, alcantarillado, escuelas públicas, saneamientos, edificios públicos, etc.

La obra del Sr. Call demuestra un serio estudio de las cuestiones de que se ocupa, y lo mismo la parte legal que la parte económica, están tratadas con notable competencia.

Felicitemos al autor de las MEJORAS DE BARCELONA y felicitamos á Barcelona, que hará mucho y bueno, si cuenta siempre con hombres que, como el Sr. Call (2), se ocupen en el estudio y medios de realizacion de las reformas que necesita la activa ciudad mediterránea.

(1) Librerías Verdaguier, Ginestá y *Diario de Barcelona*.

(2) No podemos menos de mencionar aquí el nombre de D. Angel J. Baixeras, cuyos proyectos con tanto elogio fueron citados en el Parlamento.